

FBI

Selecciones

BESA Y MATA

**EDDIE
THORNY**



**LOVE
AND
DEATH**

R



**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

Eddy Thorny

**BESA
Y MATA**

© EDDY THORNY

Derechos reservados por

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

PINTO (Madrid)

Publicación semanal

aparece los viernes

Printed in Spain
Reedición

D. L. M. 30.034-1971

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPITULO PRIMERO

VISITA MATUTINA

ABRÍ los ojos con un esfuerzo y miré el reloj: las nueve. El sol entraba a raudales por el ventanal. No sentía el menor deseo de tirarme de la cama, grité malhumorado:

—¡Fíjese dónde llama, estúpido, y déjeme en paz!

Estaba seguro de que sufría una grave equivocación el sujeto que en aquel instante oprimía el botón del timbre con entusiasmo digno de mejor causa.

Era domingo, no tenía servicio hasta el miércoles, y ninguno de mis amigos o conocidos cometería la insensatez de llamarme a tales horas.

Pero el timbre continuó sonando con la misma insistencia y fue inútil que me tapase la cabeza con las mantas. El agudo repiqueteo parecía metérseme en los sesos, y no había forma humana de conciliar de nuevo el sueño. Sólo quedaba una solución: abrir la puerta y tirar por la escalera al tipo que se atrevía a interrumpir mi descanso.

Salté del lecho, comprobé que mi cabeza no estaba muy clara ni mi paso muy firme. Unas horas de sueño no habían bastado para disipar los efectos de una noche tormentosa.

Pero abrí la puerta y me quedé sin habla. Quien me arrancaba de la cama era una mujer, y la mujer más bonita que había contemplado en tres o cuatro años.

—Lo siento, encanto —dije, y era verdad—. Pero debe ser en la puerta de al lado.

Me miró, y la temperatura ambiente subió de golpe diez o doce grados; sonrió, y el día se hizo más luminoso, aunque yo empezase a verlo todo un poco turbio. Tras una breve pausa, afirmó:

—Es a usted a quien busco.

—¿A mí? —pregunté, con cara de tonto, porque nada deseaba más que fuese cierto, y en menos confiaba que lo fuera.

—A usted —insistió—. ¿No es míster Robert H. Stern?

Bien. Era mi nombre, desde luego, aunque muchos que me conocen suelen olvidar el míster y sustituirlo por un calificativo que cuadra perfectamente a sus inmediatos antepasados.

—Acertó, dulzura. Me llamo Robert H. Stern. Bob, simplemente, para los amigos, y nada me agradaría más que serlo suyo.

—Espero serlo pronto —repuso, con una sonrisa que acabó de alterar mi ritmo cardíaco—. Pero ¿no cree que debe invitarme a pasar?

Vacilé un segundo. Me había tirado de la cama conforme estaba en ella. Al correr hacia la puerta no tuve la precaución de vestirme, y no llevaba puesto un traje de etiqueta precisamente. Se lo hice notar, un poco

confuso, y tornó a sonreír.

—No me asusto con facilidad —dijo.

Sólo cabía una contestación y se la di abriendo de par en par la puerta, apartándome a un lado, haciendo una genuflexión digna de Versalles y murmurando:

—¡Adelante, «baby», y no se queje de las consecuencias!

Pasó casi rozándome, y pude verla desde todos los ángulos apetecibles. Tenía los ojos más grandes que la boca, un cutis de porcelana y un pelo tejido con rayos de sol.

Pero uno se olvida de la cara, aun pareciendo en sí misma inolvidable, al fijarse en el resto. No debía tener más de veinticuatro años, medir arriba de cinco pies y medio y pesar por encima de las ciento treinta libras.

El conjunto bastaba para cortar la respiración al menos impresionable. No quedaban fuerzas más que para mirarla y admirarla. Ni siquiera intentaba uno describirla, porque describir es limitar, y las bellezas de aquella hurí parecían ilimitadas.

—¡Imposible! —exclamé, boquiabierto, cerrando la puerta a mi espalda y apoyándome en ella para conservar el equilibrio—. Debo seguir soñando y ascender en sueños hasta el séptimo cielo para...

—Pues despierte antes de que suba muy alto, para no hacerse daño al caer —me interrumpió, sin mirarme—. Y vístase, porque vestido hablaremos los dos con mayor tranquilidad.

Obedecí por no disgustarla, pero malditas las ganas que tenía de perder el tiempo vistiéndome.

Pero la bella tomó asiento en uno de los sillones, miró para otro lado con una indiferencia que lesionó mi vanidad de atleta un poco entrado en años, y para lograr que volviera a mirarme tuve que ponerme a toda prisa un pantalón y una camisa.

—¿Presentable ya, *miss* Loren? —pregunté, colocándome donde no tenía más remedio que verme, a menos de cerrar los ojos.

—Sí; pero no soy italiana ni me llamo Sofía —repuso—. Nací en Norteamérica, si eso le interesa, y...

—¿A qué esperan para declararla monumento nacional?

Sonrió, halagada, porque a ninguna mujer guapa le molesta que se lo digan a todas horas; pero reaccionó, rápida. No había ido allí a escuchar piropos, sino a algo más grave e importante.

—¿El qué?

—Preguntarle si le gustaría ganarse cinco mil por descubrir a los autores de un crimen.

Cinco mil dólares son una tentación; pero todo el oro de Fort Knox significaba para mí mucho menos que la dama que tenía delante.

—Lamento decirle que si no equivocó la puerta, erró el inquilino. Yo no soy un «shamus» que trabaja a sueldo de cualquiera, y...

—¿No es usted policía?

—¡Seguro! Pertenezco al F. B. I. hace años. Han estado seis o siete veces a punto de expulsarme, pero aún sigo en sus filas.

—Y su deber es impedir que los crímenes queden impunes, ¿no?

Puntualicé rápido. Mi deber no consistía en buscar a los autores de todos los delitos que se cometían en los cincuenta Estados de la Unión. Sólo intervenía en determinados casos y siempre por mandato de mis jefes inmediatos.

—Me paga el Tío Sam con el dinero de los contribuyentes. Y no para aceptar encargos particulares, sino para perseguir a quienes violan las leyes federales. ¿Entendido?

Me habría gustado prolongar la entrevista, pero comprendía que había llegado a su lógico e inevitable final.

Procuré no mirarla, temeroso de que su sonrisa hiciera flaquear mi voluntad. Con valor espartano me dirigí a la puerta, la abrí con gesto decidido y pregunté:

—¿Se marcha ya o necesita un pequeño empujón?

No se movió del asiento. Se limitó a dirigirme una larga mirada incendiaria mientras por sus labios pasaba la sombra de una sonrisa. Con aire satisfecho comentó:

—¡Igual, exactamente igual que me lo había retratado!

—¿Qué fotografía? —pregunté, sorprendido.

—Un viejo amigo suyo: Joe Madero.

Bien. Joe Madero era algo más que un amigo.

En cierto modo le debía continuar respirando; como contrapartida, él podía colocar en mí la absoluta parálisis de su brazo izquierdo. Las dos cosas sucedieron al mismo tiempo. El escenario fue un pozo de tirador en una playa de Iwo Jima en febrero de 1945. Yo estaba herido y sin su compañía los «japs» me hubieran rematado.

Madero sólo defendió el pozo y me defendió a mí. Logró tumbar a cuatro enemigos, ninguno de los cuatro volvió a incorporarse jamás. Pero un trozo de metralla, procedente de una granada de mano, le partió el brazo, destrozándole algunos músculos esenciales y quedó manco para el resto de sus días.

—Le conoce, ¿eh?

¡Vaya si le conocía! Y no sólo por lo que había hecho durante la guerra, sino por lo que hizo después: obtener una licencia del district attorney, abrir un despacho en Sepulveda Avenue y actuar como detective privado en la progresiva, alegre y luminosa ciudad de Los Ángeles.

Jamás he simpatizado con los detectives privados, aunque algunas veces me hayan prestado —casi siempre en contra de su voluntad— los mejores servicios. Casi todos merecen el calificativo despectivo de «shamus» con que la gente les designa y aún otro más rotundo y expresivo.

Joe Madero era la excepción que confirmaba la regla. Ni acepta negocios sucios ni se guardó un solo dólar que no hubiera ganado antes con perfecta honradez. Algunos de sus colegas le llamaban despectivamente «mex» y «dago».

Lo era, porque por sus venas corría sangre hispana y tenía un ligero matiz cobrizo en la piel. Pero si ser mex o dago era diferenciarse de los otros, Joe podía sentirse legítimamente orgulloso.

—¿Fue Madero quien le dijo que viniese a verme?

—En cierto modo, sí. Según Joe, no existe policía más inteligente ni honrado que usted en toda California.

—Me alegra saber que Joe lo piensa. Pero si se trata de un crimen y hay unos miles de dólares a ganar honradamente, ¿por qué no se encarga del asunto?

—Porque Joe Madero es el muerto.

Pegué un respingo al oírla. Un momento abrigué la ilusión de que se tratase de una broma tan pesada como carente de gracia. Pero la mujer insistió tras una breve pausa:

—Le mataron anoche, metiéndole cinco balazos en el estómago.

—¿Quién?

—Eso es lo que deseo que usted descubra. Si de paso hace la debida justicia con ellos, no seré yo quien derrame una sola lágrima.

Yo tampoco lloraría cuando contemplase los cadáveres de los que habían asesinado a Madero.

Pero me costaba trabajo admitir que hubiera muerto. Le sobraba vitalidad para arrojar con facilidad la toalla. En tres ocasiones distintas le acribillaron a balazos los «japs», en dos le desahuciaron los médicos y en todas logró recuperarse.

—¿Cómo sabe que le han matado?

—Está en todos los periódicos de la mañana. Si quiere comprobarlo...

Cogí de una manera maquinal los diarios que llevaba y en los que hasta aquel momento ni siquiera me había fijado, deslumbrado por los encantos de la chica. Pero el gesto de mi visitante me hizo comprender que no había necesitado leer los periódicos para enterarse.

—Me lo comunicó anoche la Policía. Dos detectives fueron a verme apenas descubierto el crimen, porque...

—¿Sospechaban de usted? —pregunté, arrugando el ceño.

—¡Sería de la última persona que pudieran sospechar! —protestó, dolorida.

—¿Entonces...?

—Soy su prometida. Íbamos a casarnos el mes próximo, teníamos ya instalado un piso y...

Lamenté doblemente la suerte de Joe. Siempre es desagradable que le abran a uno varios agujeritos en la piel, pero mucho más cuando está a

punto de casarse con una mujer extraordinaria.

Sólo por haber frustrado la felicidad de un hombre esencialmente bueno, ya merecían terminar en la cámara de gas.

—Aunque es probable —gruñí, ceñudo— que no vivan hasta entonces.

—¿Quiénes? —preguntó la chica, que no había seguido el curso de mis pensamientos.

—Los asesinos, naturalmente. ¿Qué sabe de ellos?

Era una pregunta estúpida. De saber algo no vendría a ofrecermelo cinco mil dólares por averiguarlo. Se lo habría dicho a la Policía, que ya andaría siguiéndoles los pasos.

Viendo la indecisión de la joven, aclaré rápido:

—Quiero decir que si tiene alguna idea, por remota que sea, de quién podía desear la muerte de Joe.

Me contestó con una verdad que yo conocía antes de que abriese la boca. A Madero podían desearle la muerte cien personas distintas sin salir de Los Ángeles y el doble, como mínimo, en el resto de California.

A diferencia de otros llamados detectives privados, Joe servía con ejemplar honradez a sus clientes, pero sin perder nunca de vista sus deberes para con la Justicia. Cuando el tipo que le encomendaba una gestión estaba en abierta oposición a la ley, Madero solía renunciar a sus honorarios, pero el otro tenía que renunciar a su libertad.

—Varios sujetos le deben alojamiento gratuito en Saint Quintín y Alcatraz. Todos ellos tienen familiares y amigos, cualquiera de los cuales...

Era una posibilidad, pero no una probabilidad, como sabía mejor que nadie. De proponerse en serio mi muerte deudos y conocidos de todos los que me debían su billete para la eternidad, tendría que salir de casa en un tanque y ni aun así duraría veinticuatro horas.

—¿Para quién trabajaba ahora?

—No lo sé con exactitud. Pero hace dos días le oí hablar de Vernon Dillman.

Ni el nombre ni el sujeto resultaba desconocidos para mí. Era un individuo que vivía dentro de la Ley, únicamente porque hay leyes tan elásticas que pueden cubrirlo todo. Explotaba algo que vaga y nebulosamente denominaba negocios de transporte. En varias ocasiones atrajeron la curiosidad policíaca, si bien no pudieron cogerle nunca en nada delictivo.

Pero al investigar un asunto por encargo suyo, Joe pudo muy bien descubrir algo que Dillman tuviera el máximo interés en que permaneciese oculto.

Si mis presunciones eran ciertas, Vernon no era hombre que se detuviese por nada y pudo silenciarle él o pagar a quienes se encargasen de silenciarlo.

No era más que una hipótesis, naturalmente. Pero merecía la pena

investigarlo, y me propuse hacerlo sin pérdida de momento. No obstante, pregunté a mi visitante:

—¿Se lo dijo a la Policía?

Inclinó la cabeza en gesto afirmativo. Los detectives que la visitaron en su casa primero y la acompañaron después a que viese el cadáver de su prometido, parecieron tan interesados como yo por Dillman.

—Pero ignoro si le han interrogado y lo que haya podido contestar. En realidad, todo lo que sé y hasta un poco más puede encontrarlo en los periódicos.

Eché una ojeada a las informaciones periodísticas. Sirvió para comprobar que mi visitante —a la que algunos reporteros aludían dando su nombre: Grace Allison— había dicho la verdad. Joseph L. Madero fue hallado muerto en su despacho de Sepulveda Avenue a las once de la noche.

—Pero según los médicos debía llevar sin vida hora y media o dos horas.

Le encontró un vigilante nocturno del rascacielos en que tenía la oficina, sorprendido al ver que había luz en el interior y que la puerta sólo estaba entornada. Un reguero de sangre dejado sobre la alfombra parecía indicar que intentó hablar por teléfono después de ser herido. Por desgracia, debieron fallarle las fuerzas y no llegó a marcar ningún número.

Durante la tarde, Joe había recibido diversas visitas, entre ellas la de su prometida Grace. Pero la joven abandonó el edificio a las siete de la tarde, conforme corroboraban el chico del ascensor y uno de los porteros que la vieron salir del edificio a dicha hora.

—Cuando yo le dejé —decía *miss Allison*—, parecía preocupado. Creo que, tenía una cita importante para las ocho de la noche, pero no quiso decirme de quién se trataba.

El desconocido visitante de las ocho podía ser el asesino o no serlo, por cuanto Joe debió morir entre las nueve y las nueve y media. De todas formas, la Policía le buscaba con el lógico interés. Aun en el caso de que resultase inocente, tuvo que ser la última persona que viese vivo a Madero, con excepción del criminal.

—Todavía desconocemos su identidad —había dicho el teniente Corwin, encargado de la investigación—, pero confiamos en hallarle pronto, porque tenemos sus señas personales.

Esperaba incluso que se presentara espontáneamente. Uno de los ascensoristas afirmaba haber bajado alrededor de las ocho cuarenta a un individuo que tomó el ascensor en la séptima planta y parecía proceder del despacho de Madero. De confirmarse, esto bastaría para descartarle.

Prácticamente, los periódicos no decían más. Cester Corwin repetía lo que siempre decía en tales casos: que seguía una pista prometedora y que el culpable no tardaría en caer en sus manos. Pero yo que conocía al

teniente y conocía a los periodistas deduje sin la menor dificultad que el Homicide Squard estaba total y absolutamente desorientado.

—Es la misma impresión que he sacado yo —afirmó Grace cuando se lo dije—. Por eso decidí venir a verle.

—Y ofrecerme de paso cinco mil dólares, ¿no? —pregunté, sin ocultar por entero el desagrado que me producía la oferta.

—Bien —se justificó la chica—; el dinero no estorba a nadie. Era lo que tenía ahorrado para el viaje de bodas. ¿Y en qué podría emplearlo mejor que en conseguir el castigo de los que me dejaron sin novio?

Era una actitud comprensible y lógica. Bastó para disipar mi ligero enfado. De ser mujer y estar en sus circunstancias, probablemente yo hubiera hecho lo mismo.

—Pero —me apresuré a declarar, para evitar equívocos— no aceptaré un solo centavo.

—¿Es que se niega a buscar a los asesinos de Joe?

—Haré algo más que buscarlos: encontrarlos. No sé quiénes son ni dónde están, pero aunque se metan en los mismos infiernos daré con ellos.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el bello rostro de Grace. Un momento había llegado a temer una negativa inquebrantable. Confiaba en mí.

Se puso en pie, avanzó a mi encuentro y abrió los brazos como si quisiera estrecharme entre ellos. Tentado estuve de facilitar el propósito abrazándola yo. Me contuvo con esfuerzo. Era la prometida de un amigo y aunque el amigo estuviese muerto...

—No necesito ningún pago —murmuré—, y menos por anticipado.

Le agradó mi actitud y me recompensó con una mirada capaz de conmover los cimientos del puente de Oakland. Tuve que cerrar los ojos para que mis mejores propósitos no se vinieran estrepitosamente a tierra.

—Me permitirá, por lo menos —insinuó—, que todos los gastos que tenga que hacer...

—Corren de mi cuenta. No me sobra el dinero, pero en este caso trabajo gratis. Tengo una deuda pendiente con el pobre Joe y es ya la única manera de pagársela.

Me dio las gracias en tono emocionado; dijo dónde podría verla siempre que quisiera hablar con ella y afirmó que esperaba con ansiedad mis noticias.

—Trabajo como azafata en la Pacific Coastal Airlines. Normalmente viajo en la línea de Lima, aunque a veces también a La Habana, Curaçao y Caracas.

Había hecho tres viajes seguidos sin tomarse el menor descanso. Como recompensa podría permanecer ocho días enteros en tierra. Pensaba pasarlos con Joe ultimando los preparativos para la boda.

—Ahora los pasaré llorando y rezando, sin otra ilusión ni deseo que

reciban su merecido los canallas que le asesinaron.

—Lo recibirán —afirmé al estrechar su mano para despedirla en la puerta—, y mucho antes de que finalice su semana de vacaciones.

Sabía lo que tenía que hacer y lo hice, apenas Grace Allison desapareció de mi vista. Me di una buena ducha para despejarme la cabeza, tardé sólo dos minutos en acabar de vestirme y me lancé a la calle.

Mi primera visita fue a la Morgue. Era perder media hora; peor aún, pasar un trago amargo y desagradable. Pero lo juzgaba imprescindible, aunque la contemplación del cadáver de mi pobre amigo no iba a permitirme averiguar por arte de magia quiénes fueron los asesinos.

El trago fue peor de lo que imaginaba. Joe tenía todos los balazos en el estómago y el vientre.

Cinco en total. Posiblemente cualquiera de ellos hubiera resultado mortal; pero probablemente ninguno le mató en el acto, y los minutos que vivió fueron una espanto sea agonía.

Quien disparó no sólo era un asesino cobarde, no un sádico. Una bestia infrahumana que debía gozar con los sufrimientos ajenos y que satisfizo plenamente sus retorcidos instintos, viendo cómo Madero se arrastraba por la habitación en un esfuerzo sobrehumano y estéril por alcanzar el teléfono.

—A cada uno su medicina —gruñí, feroz—. Cuando le encuentre, le recetaré la misma dosis de plomo. ¡Y en el mismo sitio!

Me impresionó la cara del pobre Joe. No tanto por el rictus de terrible sufrimiento que la muerte había helado en su expresión, como por la mirada de asombro, de sorpresa, de incredulidad casi que podía leerse en sus ojos vidriados y que nadie había tenido la caridad de cerrarle.

Me ha tocado ver muchos muertos y nunca me agradó el cuadro; también morir a unos cuantos sujetos y todavía resultó menos recomendable el espectáculo. Aunque no tenga uno delicados los nervios y el protagonista no merezca seguir viviendo, la escena no es la más adecuada para desear una repetición.

En todos los que perecieron de manera violenta se descubre siempre ese gesto de sorpresa, como si no acabasen de creer que «aquello» pudiera sucederles precisamente a ellos.

Pero en Joe la expresión estaba acentuada; desmesurada o magnificada podría decir. Más que asombro era auténtica estupefacción lo que leía en su mirada.

El primer balazo debió cogerle totalmente desprevenido. E incluso los que siguieron se le antojaron, posiblemente, una pesadilla que ningún parecido podía tener con la realidad.

Por desgracia, no cabía la menor duda de que todo había sido real. El cuerpo sin vida de mi pobre amigo constituía prueba definitiva e irrecusable. Mentalmente me propuse que allí mismo hubiera pronto otro u

otros cadáveres con idéntica expresión.

—Y todos me tendrán delante en su último minuto.

Al salir de la Morgue me dirigí al Police Department. Pregunté por el teniente Corwin y tuve la suerte de llegar hasta él. Pero la suerte empezó y concluyó al encontrarle en su despacho del Homicide Squad.

—No pierda el tiempo, Stern —me atajó, desdeñoso, apenas pronuncié la primera palabra—. El asunto es nuestro y no consentiré que ningún condenado «fed» meta las narices en esto.

—Tengo perfecto derecho a meterlas —respondí. No como agente especial del Bureau, naturalmente; pero sí como amigo personal de Madero...

—¿Y desde cuándo ninguna Policía del mundo deja la investigación de un crimen en manos de los amigos de la víctima? —me atajó, burlón—. ¿O es, acaso, una nueva genialidad del ilustre E. J. H.?

Conté no diez, sino veinte, antes de responder; aun así, mi réplica hizo que sus mejillas adquiriesen de pronto una saludable rubicundez. Musitó algo poco respetuoso para mis parientes cercanos, yo dije lo que pensaba de sus ascendientes directos y estuvimos a punto de llegar a las manos.

Hubo dos cosas que impidieron la pelea; que la aplazaron, cuando menos. Yo tenía diez años menos y cuatro pulgadas más; pegaba con demoledora contundencia y no me quedaba atrás cuando se trataba de esgrimir elementos más decisivos que los puños. Corwin lo sabía, y saberlo le infundió una elogiabile prudencia.

A mí, por otro lado, no me interesó reñir. Necesitaba del Police Department, y esencialmente del teniente que encabezaba el Homicide Squad.

Iba a invadir su terreno, a ganar la carrera emprendida, llegando antes que él hasta el culpable de la muerte de Joe. Un acuerdo con mi interlocutor podía ahorrarme muchas horas y muchos paseos.

Fui, pues, el primero en dar por terminado el incidente. Llegué incluso a presentarle mis excusas, aunque en realidad era él quien debía presentármelas.

—Pero no hable con ironía de míster Hoover —le aconsejé—, o no podría contenerme. Y no vea en mí, por ahora, a un «fed», sino a un amigo de Madero dispuesto a prestarle su colaboración entusiástica y desinteresada.

Abagué con toda la elocuencia de que me sentía capaz y logré impresionarle. Que un agente especial acudiera a ponerse a sus órdenes le hinchaba de vanidad; que deslizase algunos elogios totalmente inmerecidos, pero a los que creía tener un indiscutible derecho, le suavizó por completo.

No acabó, sin embargo, de tragar por entero el anzuelo que le tendía y precisó con cuidado sus condiciones. La investigación la llevaba él, y era el

único que podía decidir lo que se debía o no se debía hacer. Si quería colaborar tendría que cumplir sus órdenes al pie de la letra y comunicarle en el acto todo lo que pudiese averiguar.

—¡Y ojo con la Prensa! Lo que haya que decir a los reporteros se lo diré yo. El éxito, que lo habrá, será del Homicide Squad, no del F. B. I. ¿Comprendido?

—Perfectamente. Le cederé gustoso toda la gloria. A mí lo único que me interesa es la justicia.

—Me miró, receloso. Conocía mi bien ganada fama de saltar por encima de trámites leguleyescos. Ligeramente alterado, exigió:

—¡Deme su palabra de que telefoneará en cuanto sepa quiénes son o dónde se encuentran los criminales!

—Se la doy sin reservas de ninguna clase —respondí—. Tenga la seguridad de que le avisaré inmediatamente..., ¡aunque sólo sea para decirle adónde debe mandar a la ambulancia y al forense!

II ACCIÓN DIRECTA

TORCIÓ el gesto al oírme, pero no puso el menor inconveniente cuando le pedí visitar el despacho de Madero. Insistió, no obstante, en hacer la visita conmigo. Un poco vagamente aseguró que tenía algo que hacer allí; yo tuve la seguridad de que lo único que le interesaba era comprobar que no me llevaba nada.

—Aunque ya está todo más que visto y registrado, no quiero que se toque una sola silla.

Bien. Yo tenía la seguridad de que habrían mirado con lupa en todos los rincones y que las huellas encontradas estarían siendo objeto de una cuidadosa comprobación.

Desgraciadamente, ningún criminal pone su firma al pie del cuadro, y aquél habría tenido la precaución de no quitarse los guantes.

Custodiando la puerta del apartamento había dos detectives del Homicide Squad. Conocía a ambos, ellos me conocían a mí y nos profesábamos mutuamente una antipatía que rayaba en la hostilidad. Fruncieron el ceño al verme, murmurando algo en voz baja, pero no se atrevieron a decir nada de cara porque Corwin me acompañaba.

—Encontramos el cadáver ahí —dijo el teniente, señalándome a un lado de la mesa sobre la que estaba el teléfono—. Pero a juzgar por el reguero de la alfombra, debieron herirle en aquel rincón.

—¿Transcurrió mucho tiempo entre el momento de recibir los balazos y la muerte? —pregunté.

Los forenses no habían podido precisarlo con exactitud, pero calculaban que pasaron entre siete y doce minutos. Un rato muy corto, en circunstancias normales, aunque con varias perforaciones intestinales puede representar siglos enteros de horribles sufrimientos.

—En cambio, no tienen dudas respecto a la defunción. Tuvo que producirse después de las nueve y antes de las nueve y media.

Ya conocía aquel dato, anticipado por los periódicos. Como sabía también antes de penetrar en el despacho que el pobre Joe debió padecer en los últimos minutos de su existencia torturas difíciles de imaginar.

El rastro de sangre dejado sobre la alfombra demostraba que había ido arrastrándose de un lado a otro de la habitación, en un desesperado esfuerzo por alcanzar el teléfono. ¿Estaría presente el asesino en aquellos instantes?

—Es posible —admitió Corwin—. Incluso que le impidiera con un nuevo disparo coger el aparato.

Di, pensativo, unos paseos por el despacho y la pequeña oficina de Madero, fijándome en todos los detalles. No encontré nada de interés. Los

ficheros estaban abiertos, igual que los cajones. La Policía había examinado con interés todos los papeles.

—Por desgracia, si había alguno comprometedor para el criminal, tuvo tiempo sobrado de llevárselo.

Respecto a la identidad del culpable, el teniente sabía lo mismo que yo: nada. Su anuncio de que tenía una pista prometedora no pasaba de ser una vieja e inútil estratagema para inquietar un poco al asesino e inducirle a cometer alguna tontería impulsado por el pánico.

—Pero la verdad —reconoció, sincero— es que no sé por dónde empezar.

—¿Y el individuo que tenía citado a las ocho? —pregunté.

—Hablé con él, de madrugada. Se marchó de aquí antes de las ocho y media, y tiene una coartada perfecta.

—¡Hum! Yo no me fiaría mucho de ninguna coartada, tratándose de Vernon Dillman.

Apunté un poco al azar, pero me bastó ver la cara de Corwin para comprender que había dado en el blanco. Receloso, inquireí:

—¿Quién le ha dicho que era Dillman?

—El sentido común. Joe trabajaba para él estos días, y...

Supuso que había visto a Madero recientemente, y no quise sacarle de su error. Hubiera tenido que hablar de Grace Allison, y preferí no hacerlo.

—¿No ha pensado, teniente, que las averiguaciones que Joe llevaba a cabo pudieran tener relación directa con su muerte?

Corwin sonrió con aires de suficiencia. Fue lo primero que cruzó por su cerebro al saber que Dillman estaba relacionado con la víctima. Por desgracia, tuvo que abandonar la idea tras hablar con el interesado.

—Era un asunto personal, sin la menor trascendencia —afirmó—. En ningún caso podía ser razón, motivo ni pretexto, no ya para un crimen, sino para una simple disputa.

—¿Y usted ha creído a un tipo de su catadura? —pregunté, entre sorprendido e irritado.

Antes de creerle, Corwin había hecho las oportunas investigaciones. Comprobó fuera de toda duda lo dicho por Dillman y no le quedó más remedio que borrarle de su lista de sospechosos.

Yo no estaba dispuesto a borrarle de ninguna lista, excepto la del censo de resultar culpable, y pregunté al teniente por la gestión que tan distinguido caballero había encargado a Madero. Corwin se negó en redondo a satisfacer mi curiosidad.

—Hay una mujer mezclada en el caso, cuya reputación resultaría perjudicada si damos demasiado aire al asunto.

Me tenía sin cuidado la reputación de una señora que nada debía tener de honorable cuando mantenía contactos y relaciones con Dillman. Pero pregunté su nombre al teniente y recibí una negativa.

—No complique sin necesidad las cosas, Stern —masculló, disgustado—. Lo que haya entre esa mujer y Vernon nos tiene totalmente sin cuidado.

Pensaba de distinta manera, pero no malgasté un tiempo precioso, tratando de convencer a Corwin. Era mucho más práctico intentarlo con el propio Dillman.

Rechacé la idea de plano. Billy era quince años Madero —agregó el teniente, tras una breve pausa—. Estaba furioso, y juró que no dormiría hasta destrozar a los que liquidaron a Joe. Pero yo...

—¿No le creyó?

—A medias. Si conoce al tipo, y me figuro que sí, no puede inspirarle mucha confianza. Anda siempre liado en algún asunto turbio y no me sorprendería descubrir al final que tuvo algo que ver en el crimen.

—Hablé anoche mismo con el hermanito de menor que Joe y había profundas diferencias entre ambos. Mientras el mayor se hubiese dejado matar treinta veces antes que aceptar nada inmoral o denigrante, el pequeño gastaba a manos llenas un dinero cuya procedencia no acertaba a explicar, pero que le obligó a pasar veinte meses en un reformatorio juvenil y le ocasionó frecuentes tropiezos con la Policía.

—Pero eran hermanos, por encima de todo, aunque pasaran semanas enteras sin verse. En el fondo, Billy admiraba y respetaba a Joe.

El teniente se encogió de hombros. Algo por el estilo debía haberle dicho el interesado, pero Corwin le prestó el mismo crédito que a mí. Billy figuraba en lugar preeminente en su lista de posibles sospechosos.

—Para mí lo son siempre los «dagos», por el simple hecho de serlo —afirmó—. Si además les gusta la marihuana...

Discrepaba en el primer aserto y coincidía en el segundo. Un «dago» vale tanto como un americano, y en algunos casos más. Lo demostraron cumplidamente en la guerra, y la demostración es válida para tiempos de paz.

¿Que hay entre ellos algunos indeseables? También los hay entre los yanquis de pura raza.

Lo de la marihuana era distinto. Cuando un tipo se deja dominar por las drogas resulta capaz de muchas cosas y ninguna buena.

¿Incluso de complicidad en la muerte de un hermano? Yo creía que no, y lo decía en oposición a las sospechas del teniente. Pero en el fondo me faltaba una plena seguridad.

—Tendré que hablar con Billy muy despacio.

A Corwin le pareció bien. En aquel punto estaba dispuesto a concederme carta blanca. Personalmente no había conseguido mucho del joven Madero. Yo, en cambio...

—Puede partírle la cabeza con toda tranquilidad. Lo hizo con otros que valían cien veces más. Por un condenado «mex» no le pedirá cuentas nadie.

Billy no era «mex», porque había nacido en Los Ángeles; su hermano

Joe sí nació al otro lado de la frontera, aunque había peleado por USA con mayor heroísmo y honradez que muchos americanos. Pero el problema no era de nacionalidades; ni siquiera de razas.

—Lo único que interesa es dar con un criminal —repuse—. Todo lo demás sobra.

No tenía mucho que hacer allí, cuando el teniente no me dejaba tocar nada ni parecía dispuesto a darme mayores explicaciones. Tuve prisa en marcharme solo, y Corwin no mostró el menor interés en retenerme. Se limitó a despedirme con un consejo:

—Trabaje a ese Billy, Stern. Puede ser la clave de lo sucedido.

Los dos detectives que guardaban la entrada del despacho habían dado un paseíto hasta el extremo del pasillo y parecían montar la guardia junto al ascensor. Sonrieron cuando me vieron aparecer solo.

—¿Qué, ya has dado con el criminal? —preguntó, en tono burlón, uno de ellos, que atendía por el nombre de Douglas.

—No me molesté en contestarle y oprimí el timbre de llamada del ascensor. Envalentonado por mi silencio, el segundo detective comentó, irónico:

—¡Oh! La modestia le impide proclamar a voces su triunfo. Pero seguro que este genio del Bureau ha descubierto ya la causa de nuestro fracaso.

Volví a oprimir el timbre, pero el ascensor no llegaba. Douglas y su compañero seguían demostrando su ingenio.

Tenían la corpulencia de dos toros y su misma inteligencia. En una ocasión pude probarles que, aun teniendo muy pequeña la cabeza, les sobraba espacio, y no me lo habían perdonado.

—Si se tratase de una persona decente, Stern no haría nada; pero como el muerto es un «mex»...

Querían provocarme, convencidos de que entre los dos podían darme una buena paliza. Entre mis escasas virtudes no figura la paciencia, cosa que sabíamos los tres. Por eso ellos continuaban con sus sarcasmos y yo opté por abandonar el ascensor y bajar a pie.

—¡No tan de prisa, «fed»! —me gritó, burlón, uno de ellos—. Aunque esperes un rato no escapará el criminal.

—Que, en definitiva, merece un premio. Sobran tantos «dagos», que nos hizo un favor a todos.

—Excepto a Bob, que teme que le confundan con uno. ¿O escapa simplemente porque nos tiene miedo a nosotros?

El cupo de mi paciencia estaba cubierto con creces. Giré sobre los talones, dispuesto a subir en dos saltos los siete u ocho escalones que había descendido ya. Douglas me vio la cara y no debió agradecerle el gesto.

—¡No te hagas el valiente, Stern! —chilló, mientras dirigía una mirada de advertencia a su compañero—. Si quieres jaleo, tendremos que romperte unos cuantos huesos.

—Quizá los tenga más duros de lo que supones.

—Pues será un placer comprobarlo.

Trató de asestarme una patada antes de que llegase a su altura. Yo hurté la cabeza, cogí la pierna con ambas manos y tiré hacia arriba. Douglas cayó de espalda, propinándose una buena costalada.

Estaba a su lado antes de que pudiera recobrar la verticalidad, que a veces mantenía por un inexplicable capricho de la Naturaleza. Su digno compañero quiso ayudarle, dejando caer sobre mi cabeza una de sus pezuñas.

Falló el golpe, yo acerté con la rodilla donde me proponía y se dobló como si tuviese goznes en la cintura, mientras su rostro adquiría un encantador tinte purpúreo.

—¡Voy a pisarte el cuello!

El seráfico anuncio procedía de Douglas, que acababa de incorporarse y puso su mejor voluntad en el empeño de ponerlo en práctica. A mí no me agradaba, y no colaboré en la forma que debía esperar.

Un quiebro de cintura me permitió eludir un par de puñetazos y el impulso que llevaba le hizo descubrirse.

Pegué entonces con verdaderos deseos de hacer daño. Con el canto de la mano abierta en la yugular. La amable caricia produjo el efecto apetecido. Mi contrincante lanzó algo parecido a un bramido, retrocedió, tambaleante, hasta tropezar con la pared, se llevó ambas manos al cuello y los ojos parecieron salirse de las órbitas.

—¡Ahora tendré que matarte...!

Se llevó la mano al bolsillo, con intenciones fáciles de adivinar, pero optó por sacarla vacía medio segundo después.

Anticipándome, yo tenía la «Luger» en la mano y el negro cañón apuntaba a su pecho. No dije nada, pero no hacía falta decirlo para que comprendiese la suerte que le esperaba de sonar un solo disparo.

—¡No lo haga! —gritó su compañero, cuyo rostro había adquirido una repentina lividez que contrastaba con su anterior rubicundez—. Si le mata...

—Malgastaría un poco de plomo —repliqué, desdeñoso, tomando a guardar la pistola—. Ni él ni tú valéis tanto.

Disfruté viendo el pánico y desconcierto en que su rápida e inesperada derrota les había sumido. Luego torné a emprender el descenso. Sin darme prisa y sin molestarme en volver la cabeza.

Una vez en la calle me lancé a la búsqueda de Billy. Suponía que sería fácil de localizar, pero me equivoqué. No estaba en ninguno de los bares que solía frecuentar. Aunque probablemente muchos de los sujetos a quienes pregunté por él sabían de sobra dónde se hallaba, ninguno quiso decírmelo.

—¡«Okay», muchachos! Si le veis, decidle que Bob Stern quiere

hablarle. Ando buscando al tipo que «picó» a Joe, y no para regalarle bombones.

Fracasado en aquel punto, estuve a punto de fracasar en otro. Dar con el paradero de Vernon Dillman me costó tres horas, bastante saliva y diez dólares en gasolina.

Era domingo, y sus oficinas estaban cerradas en su piso de la ciudad no me contestó nadie, y tuve que sobornar a un portero para que me hablase de una casita en Palos Verdes.

La casita resultó más grande y lujosa de lo que había esperado. Era un hotel de dos plantas, capaz de albergar a cuatro o cinco familias, rodeado de un espléndido jardín que trepaba por las laderas de Rolling Hills.

—¿Míster Dillman? Debe estar en la piscina; pero no quiere que le moleste nadie.

—No se preocupe, abuelo. Lejos de ser una molestia, Vernon sentirá una profunda alegría al verme.

El viejo que guardaba la verja no quedó muy convencido, pero no se atrevió a cerrarme el paso. Di la vuelta al edificio para acercarme a la piscina. Dillman tomaba el sol, plácidamente tumbado en una hamaca.

Parecía adormilado, pero me vio y se puso en pie antes de que llegase a su lado. Estaba en traje de baño y resultaba fácil comprobar que debía dedicar a la cultura física buena parte de sus horas. Aunque rondaba la cuarentena, no había en su cuerpo una onza de grasa.

—¿Quién es usted y qué desea? —preguntó, en tono desprovisto de toda cordialidad.

Me conocía como yo a él. Por si sufría un ataque de amnesia, le dije mi nombre, que no le agradó, evidentemente, y el motivo de la visita, cosa que todavía le disgustó más.

—Ya le conté al teniente Corwin todo lo que sabía —me interrumpió antes de terminar.

—Es posible que se le haya olvidado algo —repuse—. ¿Por qué no fuerza un poco la memoria?

Quiso saber si mi exigencia tenía carácter oficial; es decir, si había hecho el viaje comisionado por el Bureau y se tranquilizó al contestarle negativamente.

—Entonces, no tengo nada que decir. Váyase por donde ha venido y déjeme tomar el sol.

Pero como el protagonista de un cuento famoso, no me gusta tomar un no por una respuesta. Insistí, con una suavidad que contrastaba con su visible irritación.

—Ando buscando al tipo que liquidó a Madero. Era amigo mío, y...

Me atajó, con aspereza, que le tenían totalmente sin cuidado mis amigos. Tampoco le preocupaba mucho la muerte de Joe. El Homicide Squad había comprobado ya que nada tenía que ver en el crimen.

—En realidad, el más perjudicado soy yo. Le pagué porque me hiciera un trabajo, y ahora...

Salté, rápido, señalando que a nadie le perjudican más que a la persona a quien llenan de agujeros la piel y de plomo el estómago. Pero ¿qué trabajo le había encargado?

—Eso es algo que debe tenerle sin cuidado —replicó—. ¡Y basta de charla! Si no se marcha en el acto, tendré que echarle a patadas.

—Me gustaría que lo intentase —dije, dando un paso al frente—, pero no se lo aconsejo. Podría resultar deplorable para su físico.

Me midió de pies a cabeza con una mirada y sonrió, despectivo.

—Quizá lo fuera más para el suyo. Por si acaso, no se acerque. Es un consejo.

Los consejos se dan para no seguirlos, y yo continué acercándome. Quizá confié demasiado en mis propias fuerzas, o acaso las de Dillman eran superiores a lo que presumía. Cualquiera de las dos cosas pudo ser verdad, como lo fue su resultado.

Alargó las manos para rechazarme, en gesto un tanto ridículo; yo traté de apartárselas, y caí en la trampa que me tendía. Sus manos se cerraron con rapidez sobre mi muñeca, me levantó en el aire como si fuese una pluma y me tiró de bruces, pasando antes por encima de su cabeza.

El contacto con el suelo no resultó placentero, pero aún lo fue menos el puntapié que me asestó en el costado antes de que pudiera incorporarme.

Un instante quedé inmóvil en tierra, con un gesto de estupor en el semblante y un dolor agudo en el borde costal.

—¡Que le sirva de escarmiento, Stern! —comentó, satisfecho y triunfal—. Ya ve que no tengo nada de blando y si me obliga a pegarle otra vez...

Jamás me gustó que me perdonasen la vida; tampoco que me pegaran con absoluta impunidad. Han sido muchos los que me atizaron algún estacazo, pero pocos los que no tuvieron que arrepentirse, y no quise que Vernon fuera una de las escasas excepciones.

Le dejé pavonearse mientras recuperaba las fuerzas. Parado a cuatro pasos en actitud amenazadora, flexionó los músculos para que admirase sus bíceps, y preguntó en tono de burlona amenaza:

—¿Tiene ya bastante o necesita que le rompa un par de costillas?

Intentó rompérmelas al ver que me incorporaba.

Pero yo fui más rápido o acaso cometió el mismo error en que yo había incurrido antes: supervalorar las propias fuerzas tanto como desdeñaba las del contrario. Yo pagué primero las consecuencias pero Dillman las pagó después y un poco más caras.

Sin terminar de levantarme, apoyando manos y pies en el suelo, salté hacia adelante, en una plancha digna de un campeón de *rugby*. Adivinó mi intención y trató de apartarse, pero lo intentó con una décima de segundo de retraso.

El cabezazo en la boca del estómago produjo sus naturales efectos. Vernon lanzó un gemido y cayó de espaldas. Yo caí también, pero me levanté de un salto. Dillman tardó un poco más en recobrar la verticalidad, no sin vomitar antes.

Cuando consiguió ponerse de pie había cambiado de color, y un rictus de sufrimiento contraía su rostro. No quiso darse por vencido, sin embargo.

Igual que me ocurría poco antes a mí, atribuyó a una simple sorpresa lo sucedido, seguro de que no le exigiría gran esfuerzo aplastarme.

—¡Esto te costará caro! —Gruñó.

Pretendió cogerme con una llave de «judo». Pero yo estaba advertido y escarmentado. Corté en flor el intento, con una lluvia de golpes que alteraron bastante su fisonomía. Furioso, con un ojo cerrado y la boca partida, quiso devolverme el más eficaz de todos mis golpes.

Agachándose, tomó impulso y salió lanzado con la cabeza hacia adelante, tomando mi plexo solar como punto de mira.

Le contuve con un patadón a la cara, que le frenó en seco y le obligó a enderezarse con mayor rapidez de la deseada.

Quedó vacilante, con la cara ensangrentada y los brazos caídos a lo largo del cuerpo. No le di tiempo a reponerse. Mi puño izquierdo le trabajó el estómago, mientras el derecho se estrellaba contra la punta misma de su barbilla.

Era más de lo que podía encajar el mismísimo Floyd Patterson. Totalmente «groggy», Dillman retrocedió tambaleante unos pasos hasta el borde de la piscina; allí perdió el poco equilibrio que aún conservaba y cayó al agua.

Me arrodillé en la orilla en el instante preciso en que, despabilado por el remojón, sacaba la cabeza. Con toda delicadeza alargué la mano derecha y le obligué a meterla de nuevo. Sosteniéndole debajo del agua conté hasta treinta.

—¿Qué? ¿Me dices ya el encargo que diste a Madero? —pregunté, cuando le saqué de los pelos.

Escupió parte del agua que le sobraba en los pulmones y contestó con una de esas palabras que valen a los chicos traviesos una buena azotaina. A Vernon le valió tragar más agua de la que había bebido en los últimos diez años.

—¿Saciada la sed, o necesitas otro traguito? —pregunté, cuando de nuevo le saqué la cabeza, tirando del pelo.

No pudo hablar, porque tenía una urgente necesidad de oxígeno; pero me miró con ojos de terror y movió la cabeza con vertiginosa rapidez. Satisfecho le dejé asirse al borde de la piscina, aspirar cuatro o cinco bocanadas de aire y expulsar otros tantos litros de agua.

—¿Qué gestión encomendaste a Joe?

Habló con dificultad, pero con una premura que denotaba lo poco agradable que había resultado su experiencia submarina, y el ningún deseo que sentía de repetirla.

Conforme me había anticipado Corwin, se trataba de una dama. De comprobar si la fidelidad que guardaba a su enamorado Dillman estaba en relación adecuada con los dólares que le costaba.

Juraba y perjuraba, sin embargo, que ni ella ni él habían tenido nada que ver en la muerte de Madero. El crimen y su encargo eran dos cosas distintas, sin el menor lazo de unión.

—Puede hacer conmigo lo que quiera, pero no le daré su nombre. Es una señora, y el menor escándalo puede ocasionarla un perjuicio irreparable.

Pretendía adoptar una actitud caballeresca que no me hizo el menor efecto. Bastó que apoyase de nuevo la mano en su cabeza, con intención evidente de hacerle tomar un par de sorbos, para que su entereza se viniera a tierra.

—Se llama Susane Chapman —dijo precipitadamente—, y vive en Manor House, de Inglewood.

Cogiéndole de un brazo le ayudé a salir del agua y sentarse en el borde de la piscina.

No tenía un aspecto muy atractivo, con la nariz aplastada, los labios hinchados, un ojo morado y tratando de expulsar una parte del agua que le rebosaba en el estómago.

Pero apenas se sintió relativamente a salvo, se atrevió a amenazarme de nuevo:

—¡Se arrepentirá de lo que ha hecho, Stern!

—Tú no tendrás tanta suerte si has mentido —repuse, volviéndole la espalda—. Para arrepentirte hace falta tiempo, y yo no pienso dárselo al asesino de Joe Madero.

III

UNA DAMA DE CUIDADO

VIVIR en Manor House debía costar una fortuna, juzgando por la suntuosidad del edificio; sus moradores no se debatían en la indigencia, como podía deducir el más obtuso con sólo examinar los coches aparcados en las inmediaciones del edificio.

El portero llevaba un uniforme que daría envidia a cualquier almirante y me miró con los mismos aires de superioridad desdeñosa y condescendiente con que lo haría un califa de Bagdad con el último de los mendigos.

—¿*Mistress* Susane Chapman? —repitió, dubitativo de que un don nadie pudiera preguntar por tan noble dama—. Salió. Hace diez minutos apenas, pero se fue.

—¿Adonde?

—*Mistress* Chapman no tiene por costumbre informarme del sitio a que se dirige o cuándo piensa regresar. Ni yo, aunque lo supiera, se lo diría al primer desconocido que me preguntase.

La palabra «desconocido» adquiría un matiz ofensivo al pasar por sus labios; en realidad, era insultante el tono que empleaba al hablar.

Indudablemente trataba a las personas de acuerdo con su posición económica, fijaba ésta por el coche que utilizaban, y mi Chevrolet, viejo, desconchado y maltrecho me colocaba a sus ojos en el más bajo peldaño de la escala social.

Un segundo me asaltó la tentación de enseñarle modales que estuviesen acordes con su espíritu de lacayo y enseñárselos de la única manera que podía entenderlos. Pero no merecía la pena y desistí.

—¡«Okay»! —dije, dando media vuelta—. Volveré cuando esté la dama.

—Es probable que para usted no esté nunca —replicó el portero.

—¿Te dijo ella que no estaría nunca para el F. B. I., o es un invento tuyo? —pregunté, girando rápido sobre los talones y mirándole con fijeza.

No sé si fue la mención del Bureau o algo que vio en mi expresión; el hecho es que cambió de tono y actitud. Abandonó su aire de superioridad y ni siquiera protestó cuando le cogí por las solapas de su galoneado uniforme, exigiendo:

—¡Contesta rápido, y cuidado con mentir! Si te cojo en un solo embuste...

Asustado, insistió en que Susane había salido minutos antes de mi llegada. La acompañó hasta la puerta y la vio montar en su lujoso Lincoln, cuando yo detuve mi coche ante el edificio. Incluso añadió algo que no me sorprendió en lo más mínimo: que parecía tener mucha prisa e iba preocupada.

—Cuando venga dila que ha estado a verla Robert H. Stern, agente especial del Federal Bureau of Investigation. Volveré a buscarla, y será contraproducente que se esconda.

El portero prometió que repetiría textualmente mis palabras y tuve la seguridad de que lo haría. Satisfecho, subí al Chevrolet y emprendí el retorno hacia el centro de la ciudad.

«Es probable que Dillman la haya telefonado para que se quite de en medio; pero cuando los dos piensen un poco y tengan bien estudiado lo que les conviene decir será ella la que me busque».

En el modesto hotel en que me alojaba —que no pasaba de ser una vulgar pensión— supe que dos personas habían preguntado por mí. Las dos tenían interés en verme y yo lo tenía mayor en verlas a ellas.

Una era Grace Allison; la otra, Billy Madero. Resultaba mucho más agradable la mujer, pero opté por entrevistarme primero con el hombre. Había dicho dónde podía verle en las primeras horas de la noche, y fui en su busca sin la menor tardanza.

Le encontré en una taberna que no brillaba por lo selecto de su clientela, en la parte baja de la ciudad, en una calleja cercana a Figueroa Street.

Estaba un poco bebido, quizá para aliviar el dolor producido por el triste final de su hermano. Por lo menos, y concediéndole el beneficio de la duda preferí pensarlo así.

Pero el alcohol ingerido —aunque no cabía descartar que su visible mareo se debiera principalmente a la marihuana— no le impedía hablar, conocer a las personas y razonar. Hasta es posible que lo hiciera con mayor lucidez.

—¿Qué sabes de la muerte del pobre Joe? —Comencé, sin andarme en rodeos, tras cogerle de un brazo y llevármelo a un rincón.

—Eso: que le mataron. Y que daría con gusto veinte años de vida por apretar el cuello al que lo hizo.

Compartía por entero su natural y explicable deseo. Pero para poder echarle las manos a la garganta necesitábamos saber quién era. Y en este aspecto, Billy estaba, o lo decía cuando menos, exactamente igual que yo.

—¿Dónde estuviste anoche, entre las nueve y las diez? —pregunté de pronto, clavando en sus ojos una mirada inquisitiva.

Billy se estremeció de pies a cabeza, mientras en su cara se pintaba una viva estupefacción. Reaccionó, airado. ¿Iba a sospechar de él? ¿A pensar un solo minuto que podía tener algo que ver en el crimen?

—Era mi hermano —protestó dolorido—, y la sangre...

—Es más espesa que el agua —completé la conocida frase—. Lo sé, pero no basta. Añade algo más y acaso sea suficiente.

—¿Se lo ha pedido el teniente Corwin? —inquirió, receloso.

—Lo hubiera hecho yo sin necesidad de que me dijese nada —repuse—.

Con mayor razón al saber que tus explicaciones sobre lo que hiciste anoche...

Resultaban tan confusas y turbias que no convencieron al Homicide Squad. Tampoco me convencieron a mí cuando las repitió, casi palabra por palabra.

—Pese a lo que piensa Corwin —le dije—, estaba dispuesto a creer en tu inocencia. Ahora...

—¿Empieza a sospechar de mí? —preguntó, irritado.

—¡Ojalá no sean más que sospechas! Porque si llego a descubrir que tuviste algo que ver en el crimen...

Dejé el final en el aire; pero no necesitaba expresarlo con palabras para que Billy supiera a qué atenerse.

Palideció ligeramente y protestó con indignación y vehemencia. Quería y respetaba a su hermano, aunque en los últimos tiempos estuvieran distanciados. Tenía más interés que nadie en descubrir a sus asesinos y hacerles pagar muy caro su hazaña.

—¿Y piensas conseguirlo ocultando lo que sabes y despistándome con embustes y falsedades?

Discutimos un rato, pero yo pisaba terreno firme y él no, y lo sabíamos los dos. Al cabo, hubo de reconocer que no había dicho la verdad respecto a sus movimientos de la noche anterior. ¿Por qué?

—Porque de habérselo dicho al teniente, a estas horas tendría un buen «paquete» encima.

Ni siquiera a mí quería decírmelo. Era amigo de Joe y estaba buscando a los que le mataron; pero por encima de todo era un policía.

—Y podría ocurrírsele hacer un «servicio» y empapelarme.

Sonreí, desdeñoso.

—Mira, Billy —indiqué—, cuando descubra a los tipos que me interesan, no tendrán que juzgarlos ni malgastar tinta y palabras. ¡Ni aun siendo tú uno de ellos!

Fue visible el efecto que le produjeron mis palabras. Un rato permaneció en silencio, rumiando lo que acababa de oír y luchando consigo mismo. Supuso lo que estaba pensando y le animé a romper el mutismo:

—¿A qué esperas para decirme la verdad?

Tardó aún medio minuto en decidirse y cuando habló fue para hacerme una proposición: que le prometiera olvidar lo que iba a contarme y no perjudicarle a él ni a varios de sus amigos.

—Si nada tenéis que ver en la muerte de Joe —repuse—, dalo por prometido.

—¿Aunque se trate de algo que los «feds» llevan meses buscando? —inquirió, sin decidirse a hablar.

—Marihuana, ¿eh?

Negó, pero con tan poca fuerza que tuve la seguridad de haber dado en el blanco. Me apresuré a tranquilizarle. En diferentes circunstancias y momentos un traficante en drogas, aunque fuese en pequeña escala, merecía nuestra atención y no para facilitar su comercio ni felicitarle por sus éxitos. Pero en aquel momento, que además no estaba de servicio, sólo me interesaba el crimen de la víspera.

Acabó diciendo algo de lo que sospechaba. La tarde anterior había ido a Lennox. Estaba citado a las ocho con un individuo en un bar próximo a la salida del International Airport.

—Tuve que esperarle hasta las diez menos cuarto, porque el avión llegó con retraso.

—¿Qué avión?

—Cualquiera —repuso—. Digamos que venía de Hawái, lo cual puede ser cierto. En todo caso lo era que el aparato traía una cajita para mí; aunque, claro, no convenía que nadie lo supiera.

Para que el secreto continuara siéndolo, no había dicho una palabra al teniente de su espera en el bar de Lennox. Pero yo podía comprobar sin dificultad que había pasado allí unas horas; las mismas precisamente en que fue asesinado Joe.

—Pero recuerde —suplicó— que ha prometido no investigar lo que contenía la caja ni quién me la dio.

Bien. Estaba dispuesto a cumplir mi promesa, pero necesitaba comprobar que Billy decía la verdad y que ninguna relación había entre sus movimientos de la víspera y la muerte de su hermano.

Hice algunas preguntas y aunque de visible mala gana, hubo de contestarlas. Entre otras cosas supe que el avión que fue a esperar pertenecía a la Pacific Coastal Airways.

Era la misma compañía para la que trabajaba Grace, la prometida de Madero. Pensaba verla sin tardanza, y decidí preguntarla qué aparato tenía su llegada a Los Ángeles a las ocho de la tarde del sábado y había sufrido un retraso considerable.

—Pasemos a otro punto —dije a Billy—. ¿Qué opinas de Vernon Dillman?

—¿Cómo sabe que le conozco? —preguntó, receloso y desconfiado.

No se lo dije por ahorrarme mentiras innecesarias, suponía que el teniente Corwin habría informado a Billy de que su hermano trabajaba en los últimos días por cuenta de Dillman. Mi pregunta no tenía otro alcance y la respuesta que obtuve me sorprendió, aunque tuve buen cuidado de disimularlo.

—Cómo lo sepa importa poco —repuse—. Lo interesante es tu opinión del sujeto. ¿Crees que pudo intervenir en el crimen, cometerlo él personalmente o pagar a alguno para que lo perpetrara?

El asombro de Billy al escuchar mi pregunta no tenía nada de fingido.

Era evidente que nada parecido había pasado por su imaginación, pero que al insinuárselo yo lo rechazaba de manera rotunda y definitiva.

—¡Busque por otro lado, amigo! Sospechar de míster Dillman son ganas de perder el tiempo.

Lo perdí por completo al tratar de averiguar las relaciones entre Billy y Vernon, así como las causas de la seguridad del primero en la inocencia del segundo. Con todo, la entrevista no fue ni mucho menos un completo fracaso.

Aparte de la convicción de que mi interlocutor nada había tenido que ver en lo sucedido a su hermano, el joven Madero apuntó una posible pista.

—Parece que a Joe le andaba siguiendo en los últimos días un tipo de cuidado. Yo no le conozco, pero alguien me ha dado su nombre: Max Scaleri.

El sujeto en cuestión había sido detenido en repetidas ocasiones y la Policía debía tener datos completos respecto a sus andanzas y paradero. Pero Billy no pensaba recurrir a la Policía.

—Le buscaré yo, y cuando le encuentre hablará clarito o tendrá que sentirlo.

Decidí adelantarme, a ser posible. Cuando me despedí de Billy, no sin anotar dónde podía verle en cualquier momento, telefoneé al Police Departament de Los Ángeles. Tenía en los ficheros un viejo amigo y le pregunté por Max Scaleri.

—¿Qué sabes de él?

—Lo suficiente para no desear tropezarlo sin un arma en el bolsillo y varios testigos alrededor.

Era un pistolero profesional, un «killer» de segunda fila, pero más peligroso que cualquiera de primera. Había pasado cuatro años en Saint Quintín, y debió terminar allí. Mi informador añadió algo que juzgué del mayor interés:

—Hace unos meses servía de guardaespaldas a Vernon Dillman. Parece que tuvo que despedirle, pero no es nada seguro.

Me dio sus señas personales: cuarenta años, seis pies cuatro pulgadas de estatura, corpulento, cara cuadrada, cejas unidas por encima de la nariz, frente estrecha y la mitad de una oreja desaparecida en el curso de alguna encarnizada pelea.

—Oficialmente vive en Pasadena, aunque es probable que no le encuentres allí si te lanzas en su búsqueda.

Decidí buscarle a la mañana siguiente. Acaso lo hubiera hecho aquella misma noche, de no estar aguardándome Grace Allison. Merecía todos mis respetos como prometida del pobre Madero y todas mis admiraciones por su belleza física. Pero mi visita obedecía a razones distintas.

«Es probable que sepa algo y tenga prisa por decírmelo».

Vivía mejor de lo que imaginaba, en un lujoso apartamento de North Street. Desconocía qué sueldo tenía una azafata en la Pacific, pero dudaba mucho que bastase para pagar el alquiler. Y menos aún para ahorrar los miles de dólares que destinaba a su viaje de bodas y que me había ofrecido por descubrir al asesino de su prometido.

Lancé un silbido de asombro cuando me hizo penetrar en un salón digno de un potentado oriental o una estrella de Hollywood, y la chica, que adivinó mis pensamientos se apresuró a explicar:

—¡Oh! Tengo algún dinero, naturalmente. Mi padre me dejó al morir un capitalito. Sólo con mi trabajo no podría sostener todo esto.

Sentí redoblada pena por el pobre Joe. Mala suerte ir a morir cuando había encontrado la novia perfecta: joven, guapa, inteligente y rica.

—¿Ha conseguido averiguar algo?

Había ido hasta allí esperanzado en que fuese ella quien hubiera descubierto algo; pero se me adelantó a preguntar, y tuve que contestarla.

Pasé por alto mi visita a la Morgue, seguro del mal efecto que la produciría, y apenas insinué que había estado en el despacho de Madero.

Hablé con amplitud, en cambio, de Vernon Dillman. No oculté nada; ni lo poco amistoso de su recibimiento, ni los procedimientos empleados para hacerle hablar. Pareció sinceramente asustada al oírme.

—¡Ándese con cuidado, Stern! Por lo que decía Joe, Dillman es un tipo peligroso. Si le sucediera algo por culpa mía...

—Es él quien debe andarse con pies de plomo —fanfarroneé—. La próxima vez que pretenda darme un disgusto no podrá contarlo.

Grace torció el gesto, prueba evidente de que no le agradaba la idea de que por intentar ayudarla me viese metido en un lío. Yo cambié de tema, hablando de Susane Chapman y del encargo de vigilarla que Vernon había dado a Madero.

—¿Le ha dicho eso? —se sorprendió—. ¡Pues no creo que sea verdad!

Tenía motivos fundados para su escepticismo. El primero de todos que a diferencia de otros detectives privados, Joe consideraba depresivo y poco digno dedicarse a espiar los pasos de una mujer para averiguar sus posibles deslices.

—Jamás quiso buscar pruebas para justificar ninguna demanda de divorcio. Menos iba a hacerlo, cuando entre Dillman y *mistress* Chapman no existe, legalmente, ningún lazo.

Todavía era más sólida y consistente otra razón que alegó a continuación. Conocía a Susane Chapman, y estaba segura de que Madero le hubiese hablado de ella de tener encargo de vigilarla.

—Porque *mistress* Chapman es directora y principal accionista de la Pacific Coastal, para la que trabaja desde hace tres años.

Me sorprendió, porque no lo esperaba. Pero contra lo que Grace daba por descontado, saber que dirigía la compañía acentuó mis sospechas de

que Vernon pudiese haber dicho la verdad.

—¿Podría saber por qué? —inquirió *miss Allison*, sorprendida.

Se lo dije. Billy había ido a esperar la llegada de un avión de la Pacific a la hora misma en que fue asesinado su hermano. Era seguro que alguien que viajaba en el aparato traía un paquete de drogas.

—Es probable —admitió Grace—. Pero pudo ser cualquier pasajero que nada tenga que ver con la empresa. Y aunque fuese uno de los tripulantes, ¿qué relación puede haber entre él y *mistress Chapman*?

—Eso es precisamente lo que me gustaría averiguar —repuse.

Grace no podía decírmelo, ni yo lo esperaba. En cambio, sí podía indicarme qué avión de la Pacific tenía su llegada a las ocho de la noche al International Airport de Los Ángeles y había sufrido la víspera un retraso considerable.

—Desde luego, no procedía de Hawái —afirmó—. Tuvo que ser el de Río.

La línea entre la capital del Brasil y Los Ángeles tenía escalas en Bahía, Georgetown, Curaçao, Panamá y Méjico. Era posible que en cualquiera de ellas fuese introducido en el aparato un paquetito de drogas.

—Pero sería difícil sacarlo aquí, porque en el Aeropuerto Internacional se extrema la vigilancia.

Yo estaba convencido de que los agentes de Aduanas cumplían con su deber. Sin embargo, muchas veces pasaban por delante de sus narices cosas que no debían pasar.

—Es probable que Billy le haya mentido —añadió Grace.

Poner la mano en el fuego por el joven Madero y quedarse manco eran una y la misma cosa. No obstante, creía que en aquel punto había dicho la verdad. De cualquier forma aclararía el asunto al hablarle de nuevo. Con *miss Allison* me pareció inútil entablar una discusión.

No tenía muy buen concepto del que estuvo a punto de ser su cuñado, y no le faltaban razones para ello. Incapaz de mentir, Joe no le había ocultado nada de las andanzas del hermanito.

—Acaso le sorprenda saber que fue Billy quien indicó a Dillman que debía recabar los servicios de Joe.

Me sorprendió, desde luego, porque el interesado no me había dicho una sola palabra. Sería otro punto a discutir en una próxima entrevista. Indudablemente, Billy sabía mucho más de lo que pretendía y la sinceridad de que alardeó conmigo, tenía más de aparente que de real.

—Peor para él —murmuré—. Tendré que apretarle bien las clavijas cuando volvamos a vernos.

De momento me interesaba más la acaudalada *mistress Chapman*. Un poco por encima, Grace me dijo que era viuda, que había hecho millones en los últimos años y que tenía verdadero talento para las finanzas. Añadió algo más: dónde podía encontrarla aquella misma noche.

—Suele cenar en el Romanoff's; después va algunas veces por el Malibu o el Miramar. Allí la conoce todo el mundo. Con preguntar a cualquiera de los camareros...

Eran las once de la noche y los casinos citados por Grace estaban en Santa Mónica. Pero veinticinco o treinta millas no constituían distancia capaz de contenerme, pese al sueño que tenía.

Me despedí de Grace y me lancé en busca de *mistress* Chapman. En el Romanoff's dijeron que se había marchado hacía una hora; en el Miramar no había puesto los pies. En el Malibu tuve más suerte.

—Es la señora que ocupa aquella mesa —señaló con disimulo uno de los camareros, sin levantar mucho la voz, y luego de mostrarle la insignia del F. B. I.

Tuvo que volver a indicarme la mesa, porque temí que hubiera sufrido un error. En la que señalaba había una señora, en efecto. Pero no el tipo de señora que yo había imaginado.

La realidad era diametralmente opuesta. Como sabría más tarde, tenía treinta y cinco años, pero nadie al mirarla habría admitido que pasaba de los veinticinco. Era morena, de ojos verdosos bordeados por largas pestañas, pero de un negro tan intenso que parecía azul y una figura que podía competir sin desdoro con las más rutilantes estrellas.

La acompañaban dos individuos en los que no me fijé mucho, porque no me interesaban en lo más mínimo. Hubiera sido distinto si alguno fuese Dillman, pero no lo era. Avancé, pues, resuelto hacia la mesa, tomé asiento frente a ella sin hacer caso de las miradas furibundas de los dos caballeros y en voz baja indiqué:

—Soy agente especial del F. B. I., *mistress* Chapman, y necesito hacerle unas preguntas. ¿Podemos hablar aquí o prefiere que lo hagamos en otro sitio?

—¿El F. B. I.? —inquirió sorprendida—. ¿Y qué tengo yo que ver con la Policía Federal?

—Directamente, nada; indirectamente, mucho. Se trata de un cargamento de drogas llegado en uno de los aviones de su compañía...

—¿Cuándo? —me atajó seca.

—Ayer —repuse con aplomo—. El avión procedía de Río de Janeiro.

Negó en redondo. Rechazó indignada la posibilidad de que nadie utilizase los aparatos de la Pacific para introducir estupefacientes. Tenía plena confianza en el personal de la empresa y en el celo con que cumplían su obligación.

—No sabemos aún que fuese un empleado —indiqué—. Es posible que el contrabando lo trajera un viajero.

—En ese caso, ¿por qué me pregunta a mí?

—Por la posibilidad de que esté relacionado con la muerte de un detective particular: Joseph Madero. ¿Le conocía?

—¿Quién le ha dicho que le conociese?

—El mismo que encargó al detective de seguir sus pasos: Vernon Dillman. Hablé con él esta tarde y...

—¡Ah, es usted el que...!

No terminó ni hacía falta para que yo supiera a qué atenerme. Indudablemente la habían visto o telefonado para contarle lo sucedido, convenientemente tergiversado.

—Sí; fui yo el que tuvo la satisfacción de interrogarle.

Cambió una rápida mirada con sus acompañantes y tuve el presentimiento que nuestra charla tendría un final borrascoso. Viendo que callaba, insistí:

—¿Por qué deseaba espiarla Vernon Dillman?

—Eso únicamente interesaba a Dillman y a mí. A usted le trae sin cuidado.

—No cuando hay un muerto por en medio.

—¿Pretende insinuar que yo...?

—Trato de aclarar que es distinto —precisé con cuidado—. Acabaremos antes —añadí—, si deja que sea yo quien haga las preguntas.

—Hemos acabado ya. ¡Váyase!

—Pero el Bureau...

—El F. B. I. nada tiene que ver en el asunto ni usted tampoco. Lo que tenía que decir se lo dije al teniente Corwin.

Mi cariñoso amigo Vernon no había perdido el tiempo. Tanto él como *mistress* Chapman sabían ya que mi intervención en el asunto era puramente personal.

—¿No podría repetirme la información? —pregunté, sin demasiadas esperanzas de verme complacido.

—No me agrada perder el tiempo —repuso, desabrida, Susane—. Y ahora, ¡márchese o haré que le echen de mala manera!

Estaba en su derecho al negarse a hablar; yo no podía obligarla más que utilizando procedimientos que jamás deben emplearse con una dama. Por lo menos en un lugar público y en presencia de cien espectadores curiosos.

Tampoco me divertía mucho verme despedido como un mendigo molesto. Con todo, acaso me hubiese ido sin la última amenaza de *mistress* Chapman. Nada deseaba menos que dar a ella o a sus compañeros la impresión de que me dominaba el pánico.

—Su amigo Dillman debió decirla que no es saludable amenazarme —respondí sin moverme—. ¿O acaso olvidó lo que le sucedió a él?

—¡Echadle de aquí! —ordenó Susane a sus acompañantes.

Los dos se pusieron en pie y se acercaron cada uno por un lado. Yo no me alteré en lo más mínimo.

—Diga a sus amigos que tengan cuidado; podrían hacerse daño.

Uno de los amigos había dejado caer sobre mi hombro izquierdo una mano que pretendía tener la dureza del acero, pero que no la tenía.

—¿Se va por su pie o prefiere que le saquen en brazos y con unos huesos rotos?

—En vez de preguntar —dijo el otro, haciendo ademán de poner en práctica su anuncio—, debemos empezar por rompérselos.

Uniendo la acción a la palabra lanzó contra mis narices su puño. Ladeé la cabeza en el instante preciso y el puño golpeó el aire sin rozarme siquiera.

El mío, en cambio, encontró algo más consistente. Al largar el puñetazo y no dar donde se proponía, el individuo perdió el equilibrio, inclinándose hacia adelante. Yo le hice recobrar la verticalidad con un preciso «uppercut» en la punta de su barbilla. Y no sólo la recuperó, sino que retrocedió unos pasos con un gesto de estupor.

—¡Peor para ti! —chilló su compañero—. Si no atiendes a razones...

Trató de sustituirlas con golpes y me pegó en la oreja derecha, haciendo resonar unas desconocidas campanitas dentro de mi cerebro. Pero casi al mismo tiempo yo le acaricié el estómago y comprobé que si sus puños eran duros, su plexo solar resultaba de mantequilla.

El dolor le hizo apartarse un poco y lanzar un gemido. Furioso, intentó volver a la carga. Pero las ventajas iniciales habían desaparecido, porque yo estaba en pie ya. Un izquierdazo que le cerró un ojo, bastó para frenarle en seco; un patadón en el vientre le hizo caer sobre la pista revolcándose en ridículas contorsiones.

Todo fue tan rápido que no duró arriba de tres segundos. Dio tiempo, no obstante, para que el otro acompañante de *mistress* Chapman, recuperado por completo, me saltase encima por la espalda, tratando de apretarme el cuello.

Así una de sus manos, se la retorcí con tanta delicadeza que chascaron huesos o tendones, tiré con violencia hacia adelante, me agaché al mismo tiempo y el honorable caballero salió proyectado a siete pasos de distancia; quedando en posición horizontal.

—¿Satisfecha ya, *mistress* Chapman? —pregunté a la dama—. Sus paladines no han hecho demasiado honor a la confianza que puso en ellos.

No pestañeó siquiera, pero si pudiera matarse con una mirada, mi vida y andanzas hubieran terminado en aquel instante. Había en sus pupilas un odio sin límites y una frialdad de hielo. Impresionado di un paso hacia ella.

—¡Otro y le meto el cargador entre pecho y espalda!

No se había alterado su expresión y la voz apenas pasaba de un susurro. Pero en la mano derecha tenía una pistolita de reducidas dimensiones, cuyo cañón apuntaba a mi pecho.

Ignoro de dónde la sacó; vi, en cambio, que había adoptado tal postura

que el arma resultaba poco menos que invisible para todos, excepto para mí. Y tuve la seguridad de que apretaría el gatillo sin demora ni vacilaciones.

—¡«Okay», preciosidad! ¿Fue así cómo mató a Joe?

—¡Repita eso y disparo!

No lo repetí, naturalmente. Después de sacudir a sus acompañantes, la dama podía alegar la legítima defensa. Y habría muchos que, conociéndome, la creerían.

—Usted gana —admití, tragando saliva—. La próxima vez...

—¡Lárguese o no respondo de lo que suceda!

Seguía sin levantar la voz ni mover un solo músculo. Pero su mirada era un libro abierto para mí y no me agradó lo que leí. Un breve y fugaz segundo me separaba de la eternidad.

Di media vuelta y me dirigí hacia la salida. Los dos caballeros a los que había acariciado las partes más sensibles de su anatomía, permanecían sentados en el suelo, con un gesto ausente en el rostro y mirando sin ver en todas las direcciones.

En el Malibu se había producido un extraño silencio y todos los ojos estaban fijos en mí. Cuatro o cinco individuos sintieron tentaciones de cerrarme el paso, pero cambiaron de parecer apenas se fijaron en mi expresión.

Lentamente salí a la calle y fui hasta el punto en que había dejado mi automóvil. Iba pensando en la frialdad inhumana de Susane Chapman y en la expresión de asombro del cadáver de Joe Madero.

—¡Y juraría que hay entre ambas una relación estrecha y directa!

IV BESA Y MATA

SI el hombre es el único animal que tropieza tres veces en la misma piedra, yo soy un hombre en toda la extensión de la palabra.

Son varias las veces que una distracción, al abismarme en mis pensamientos y no mirar alrededor, o simplemente, el creerme por encima de todos mis enemigos ha estado a punto de obligarme a dar trabajo al forense primero y a los enterradores después.

Debía estar escarmentado, pero nadie escarmienta ni en cabeza propia, y aquella noche volví a distraerme más de lo conveniente para mi integridad física.

A mis enemigos les sobraban motivos para hacer lo que hicieron y estuve a punto de no poder contarlos.

El automóvil estaba tan visible que no le presté la menor atención. Ni siquiera me alarmó que tuviera apagadas las luces y el motor en marcha, no habiendo nadie dentro. Sin temer ni recelar nada, paré el mío, me apeé y di unos pasos hacia la entrada de la casa.

Iba pensando en Susane Chapman y no precisamente en sus indudables encantos físicos. De pronto vi de refilón un movimiento sospechoso en el coche que parecía desocupado medio minuto antes.

La acción fue más rápida que el pensamiento. Me tumbé de bruces en el suelo una centésima de segundo después; algo silbó entonces por encima de mi cabeza y fue a tropezar en la pared con un seco chasquido. No oí el ruido del disparo, pero no tenía dudas acerca de lo que aquello significaba.

Dando vueltas por el suelo con el deseo de ofrecer el menor blanco posible a mis desconocidos agresores, logré sacar la pistola, no sin escuchar de nuevo el molesto silbido de un trocito de plomo, que ahora rebotó en la acera a sólo unas pulgadas de mi cabeza.

Tiré con rapidez contra el automóvil sospechoso, en el instante preciso en que se ponía en marcha; torné a disparar sin intentar a incorporarme y una palabra malsonante que siguió a un grito lastimero demostró que no había errado el blanco.

El coche se alejó con rapidez vertiginosa; pasó por delante de una farola y pude ver un segundo —de lejos y de mala manera— al tipo que no manejaba el volante, probablemente porque había estado muy atareado manejando un arma de fuego.

Posiblemente la imaginación me jugó una mala pasada. Porque a pesar de que no le había visto en todos los días de mi vida, creí reconocerle.

Recordé lo que Billy me había dicho sobre un tipo convertido en sombra de Joe durante los últimos días de su vida; también que había trabajado para Vernon Dillman y no tuve la menor duda.

—¡Max Scaleri —exclamé— ha querido cazarme por encargo de su amo!

Me hubiera gustado darle alcance para agradecerle su fineza al esperarme a la puerta de mi casa. Pero me llevaban mucha ventaja; su coche —un Chrysler—, era más rápido que mi modesto Chevy.

—Habrà tiempo para todo —dije confiado—. Ahora, lo mejor es dormir unas horas.

Tenía la esperanza de haber herido a tan distinguido «*gentleman*» y fui hasta el punto en que estaba el Chrysler cuando disparé por segunda vez. Tuve que agacharme y buscar un rato. Al fin vi una manchita oscura en el suelo. Podía ser cualquier cosa, pero preferí pensar en una gota de sangre.

Subí a mi habitación, me metí en la cama y no malgasté una hora dando vueltas en la cabeza a lo sucedido. Preferí aprovechar todos los minutos durmiendo. Aunque estaba lejos de una solución, no me hallaba descontento de la jornada. Si al día siguiente tenía un poco de suerte, los asesinos —¿o no sería mejor decir ya la asesina?— de Joe no podrían reírse.

Dormí con el sueño profundo y tranquilo de un niño sano y bien alimentado. Seguía durmiendo bien avanzada la mañana cuando me volvió a la realidad el agudo repiqueteo del timbre telefónico. Descolgué el aparato de mal humor y la voz del inspector Barnnett —mi jefe superior e inmediato en la división californiana del Federal Bureau of Investigation—, no contribuyó a disiparlo.

—¿Quién diablos te manda meterte en lo que no te importa? —chillaba, airado—. ¿Hasta cuándo vas a andar buscándote líos y haciendo llover sobre mi protestas, reclamaciones y quejas?

Conocía la causa de su indignación, pero le pregunté por ella con la inocencia de un alma pura e inmaculada. Me dijo lo que yo esperaba en unión de una serie de epítetos que tampoco me cogieron por sorpresa.

—¡Estoy harto de ti, Bob! Si otra vez me dicen que has ido por ahí pegando a la gente o utilizando el nombre del Bureau para mezclarle en asuntos que caen fuera de nuestra jurisdicción y que deben tenerte totalmente sin cuidado...

Le dejé desahogarse un rato, y luego puntualicé las cosas. La muerte de un amigo me importa mucho, más aún, cuando aquel amigo había salvado mi piel en una ocasión memorable e histórica.

—Y conste que no voy por ahí pegando a la gente —añadí—. Me limito a impedir que los demás me peguen a mí.

No me creyó, naturalmente; como tampoco me creyó cuando le dije que posiblemente hubiese algo en el fondo del asunto —contrabando a través de la frontera y tráfico de drogas—, que justificara la intervención del F. B. I.

Pero sin llegar a creermelo, mis humildes explicaciones contribuyeron

bastante a suavizarle. Al terminar estaba mucho menos irritado que al principio. No obstante, sus palabras finales no fueron una felicitación por mis denodados y altruistas esfuerzos.

—Si continúas por ese camino, tendrás un disgusto —dijo—. Y si me dicen que te han partido la crisma por metomentodo, no me lo llevaré yo. ¿Entendido?

Le dije que sí, y colgué tranquilamente. Eran las diez de la mañana y tenía que abandonar el lecho. Lo hice. Pasé al cuarto de baño, me afeité, me di una buena ducha y empezaba a vestirme cuando llamaron a la puerta.

Como medida de precaución comprobé que tenía la pistola a mano y en condiciones de rápido uso antes de abrir la puerta. Pero cuando la abrí, descubrí que, de momento al menos, no necesitaba ningún arma de fuego; aunque supuse, con la seguridad de acertar, que mi visitante me haría desear emplearla.

—¡Es intolerable y vergonzoso lo que ha hecho, Stern! —vociferó el teniente Corwin apenas entró en la habitación—. ¡Debía detenerle en el acto, meterle en un calabozo y...!

Sonreí desdeñoso. A Chester Corwin le hubiese gustado encerrarme desde luego, pero le sobraba prudencia para aprehender a un agente federal.

Si le sobraba prudencia, tampoco andaba escaso de voz y lo demostró cumplidamente. Incluso se atrevió a lanzar algunas amenazas verbales que resbalaron sobre mi epidermis. Le dejé hablar sin interrumpirle; tampoco le presté excesiva atención. En definitiva, sin oírle sabía todo lo que quería decirme.

—¿Por qué está callado? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Es que trata de negar lo ocurrido o que le abochorna su indigno comportamiento?

Ninguna de las dos cosas había pasado por mi pensamiento. Ni negaba que hubiese visto a Vernon Dillman y su encantadora amiga Susane ni me avergonzaba lo que les había dicho a ambos.

—Volveré a verles, posiblemente hoy mismo —agregué—. Y es casi seguro que lo de ayer sea un saludo versallesco comparado con lo que pienso decirles. Aunque acaso sea mejor no perder tiempo hablando.

Corwin puso el grito en el cielo. Dijo que estaba loco y debía pensarlo cuando no intentó esposarme en el acto.

Si le parecía inadmisibile que hubiese pegado a Dillman para obligarle a repetirme lo que ya había dicho al teniente, y a los acompañantes de *mistress* Chapman que quisieron llamarme al orden, no le cabía en la cabeza que anunciase el propósito de comportarme con mayor dureza aún.

—Acaso empiece a comprenderlo —repuse—, cuando sepa que esa encantadora pareja fue la que liquidó al pobre Joe.

La acusación rotunda y concreta le dejó un momento sin habla. Me

miró con gesto que decía bien a las claras sus dudas sobre el equilibrio de mis facultades mentales. Luego quiso saber en qué basaba semejante y disparatada idea.

Yo procuré contestarle, hilvanando a toda prisa diversas hipótesis que la hacían medianamente verosímil. En resumen, era algo de lo que había pensado la víspera.

Madero, encargado por Dillman de vigilar a la dama de sus pensamientos, había descubierto que ambos estaban complicados en un asunto de drogas. En su última entrevista en el despacho de Joe, Vernon trató probablemente de convencerle para que no dijese nada.

—Como se negó, decidieron suprimirle. Fueron a su despacho y le cosieron a balazos.

—¿Quién? ¡Dillman!

—Eso suponía yo antes de conocer a *mistress* Chapman. Ahora me inclino por la dama.

El teniente rió, despectivo y desdenoso. Todo aquello lo había soñado yo en un ataque de «*delirium tremens*». Con perfecto conocimiento de causa aseguraba que la encantadora Susane no pudo cometer el crimen.

—¡Porque en aquel momento se hallaba en su apartamento! ¡Y acompañada de Vernon Dillman, por más señas!

Sonreí a mi vez. Jamás concedo demasiada importancia a las coartadas, la mitad de las cuales, por lo menos, son falsas. Pero aquélla no la admitiría ni un chico de dos años.

—¡Magnífico! *Mistress* Chapman sirve de justificación a Dillman y Dillman disculpa a su encantadora amiga.

Corwin protestó, acalorado. Que dos sospechosos se pongan de acuerdo para sostener que estaban juntos y en un lugar distinto al de autos era cosa corriente y casi obligada que no creía nunca sin las necesarias corroboraciones.

—En este caso las hay. Otras dos personas declaran que les vieron juntos entre nueve y diez de la noche del sábado.

Yo pensé en los dos acompañantes de Susane en el Malibu; también que una mentira no resulta menos mentira porque la sostengan cuatro embusteros en lugar de dos. Pero el teniente opinaba de distinta manera y carecían de pruebas materiales para demostrarle que estaba en un error.

—Soy yo quien lleva el asunto —tornó a recordarme Corwin—. No necesito que nadie me dé lecciones, y si digo una cosa es porque la he comprobado antes.

Creía haber corroborado, fuera de toda duda, la angelical inocencia de Vernon y Susane. Repitió lo que ambos le habían dicho, ratificado por personas que le merecían más crédito que yo.

—Usted tiene un exceso de imaginación —añadió—. Es posible que proceda de buena fe, pero suele tomar sus sueños por realidades.

—¿Cree entonces que fue un sueño mío que anoche intentase matarme Max Scaleri, un pistolero a sueldo de Dillman?

Le conté lo sucedido a la puerta del edificio y no me creyó. ¿Por qué iba a tener interés Vernon en asesinarme? ¿Por tirarle vestido a la piscina de su hotelito de Palos Verdes?

—No —respondí—; porque teme que llegue a descubrir, quizá que lo haya descubierto ya, lo mismo que logró averiguar Joe Madero.

Hizo un gesto de escepticismo, y fracasé en los esfuerzos por convencerle de que había algo de cierto en mis presunciones. Sólo conseguí su promesa —que olvidaría apenas abandonase la habitación— en buscar a Max y de averiguar si había ingresado herido en alguna clínica.

—Aunque no me sorprendería, si le encuentro, saber que usted la emprendió a tiros con él sin razón ni motivo de ninguna clase. Dados sus antecedentes...

Mis antecedentes, como yo, tienen poco de mansos y apacibles. Disparé contra muchos sujetos, y casi siempre di donde me proponía. Pero en ninguna ocasión fui el primero en disparar, y ni una sola de mis víctimas constituía una pérdida, sino una ganancia, para el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos.

Algunos periodistas, sin embargo, que tienen un corazón demasiado sensible para las desgracias de los «gangsters», me han hecho una desastrosa propaganda, y el Police Department, donde hay gentes que no me perdonan haber triunfado en asuntos que constituyeron ruidosos fracasos para ellos, se ha dejado influenciar por esa campaña.

—No quiero que siga metiéndose en esto, y sus jefes tampoco —dijo, a modo de despedida—. Si comete algún otro acto de violencia... Bueno, quizá tuviera que pasarse unos años a la sombra.

Se fue, dando un portazo. No me impresionó su actitud, pero tampoco mejoró mi humor. Mientras acababa de vestirme pensé en lo que debía hacer, pero sólo veía con claridad lo que no quería hacer: abandonar el caso.

Tras pensarlo un rato telefoneé a Grace Allison. En definitiva, era la única que estaba verdaderamente interesada en castigar a los asesinos de Joe. Por lo menos, la única que confiaba en mí, me alentaba a continuar y procuraba ayudarme.

—Porque cada vez veo más turbia la conducta de Billy, pese a que se trata de su hermano.

La vi menos clara tras hablar diez minutos con la prometida del pobre Madero. Porque a cambio de las noticias que yo le di sobre lo sucedido y averiguado la noche anterior y en mis entrevistas matutinas, ella, que indudablemente forzaba su memoria hasta el límite, me dio dos, y ambas se referían de un modo u otro al que pudo ser su cuñado.

—Sí —dijo, hablando de Max Scaleri—. Joe me contó que le seguía un sujeto con una oreja partida. Parecía preocupado, entre otras cosas porque creía haberle visto en una ocasión en compañía de Billy.

La otra se refería a las andanzas del joven en la noche del crimen. A mí me había dicho que estuvo más de una hora en un bar de Lennox. A Grace le dijo en la mañana del domingo que la noche anterior había estado en Palos Verdes.

—Es posible que sea verdad, porque en Palos Verdes tiene un hotel Vernon Dillman —comenté—. En cualquier caso, no hay duda de que me ha mentado.

Tenía la corazonada, en cambio, de que a Grace le había dicho la verdad. De ser así, resultaría que Vernon también había falseado los hechos al hablar con Corwin. Yo sospechaba ya que su coartada era un amaño. Ahora me confirmaba en la creencia.

—Pero no para ocultar su participación personal en el crimen, sino para librar de toda culpa a su adorada Susane.

Tras hablar con *miss* Allison sentí redoblada impaciencia y necesidad de celebrar una segunda y probablemente más borrascosa entrevista con Billy Madero.

Pero cuando me lancé a la calle encontré esperándome en la puerta del edificio a Frank L. Coates. Reportero de sucesos del «Daily Mirror», Frank me conocía hacía tiempo, aunque jamás fueron demasiado cordiales las relaciones entre nosotros.

—¿Qué? ¿Ya descubrió al tipo que liquidó a Joe? —preguntó al verme, y en su tono creí descubrir un marcado acento irónico.

—Pregunte al Homicide Squad si le interesa saberlo —repuse—. Es Corwin quien lleva la investigación, y yo no tengo nada que ver en el asunto.

—Oficialmente, no —contestó, demostrando estar bien enterado—. Pero Madero le salvó en una ocasión la vida, era buen amigo suyo, y no creo que Bob Stern vaya a cruzarse de brazos.

Sabía, desde luego, que llevaba veinticuatro horas trabajando en el caso; incluso que había tenido una conversación con Dillman, que degeneró en violenta disputa, y que la noche anterior había organizado una pequeña «fiesta» en el Malibu, de Santa Mónica, en presencia de una dama.

—Como ve, estoy tan bien enterado que no podrá equivocarme aunque lo intente.

Tenía razón. Coates era un viejo zorro al que sólo podía engañarse con la verdad, o con algo que se pareciera lo más posible a la verdad.

—Si me promete callar, de momento —fingí acceder—, le diré una cosa que nadie, ni siquiera Corwin, sabe todavía. Será el primero en publicarla en el momento adecuado. Pero necesito su palabra de que por ahora lo

mantendrá en secreto.

Me dio su palabra, con tanta facilidad como escasos deseos de cumplirla.

—¿Descubrió ya al asesino?

—Sí. Conozco su cara y su nombre; sé que tiene una coartada, pero falsa. No le he detenido ya porque necesito unas pruebas, que tendré antes de veinticuatro horas. ¿Qué le parece?

—Espléndido. Sólo falta que me diga quién es.

—Si cumple su promesa, será el primero en saberlo. Por ahora sólo puedo anticiparle un dato.

—¿Cuál?

—Aunque hay varios sujetos complicados en el asunto, la persona que disparó contra Joe no fue un hombre, sino mujer.

Pensaba en Susane Chapman, aunque me cuidé mucho de nombrarla. Estaba seguro de que ella, cuando leyese la información de Frank Coates — que la publicaría aquella misma tarde, pese a sus promesas de silenciarla durante unos días—, se sabría aludida.

—Es probable que el miedo la haga perder la cabeza y cometa algunas tonterías que me ayude a probar su culpabilidad.

Esto último lo dije, claro está, cuando Coates no podía oírme. El periodista se largó tan pronto comprobó que no podía sacarme más.

Yo consagré mi tiempo a la busca de Billy Madero; perdí cada uno de los minutos de la mañana, porque no logré encontrarle. Visité su casa y todos los sitios que frecuentaba, y siempre llegué con un cuarto de hora de retraso.

—Estuvo aquí hace un rato, pero se fue sin decir adonde.

Con toda seguridad, en alguno de los lugares se encontraba Billy al presentarme yo, pero procuraba eludirme. Acabé cansado del juego, y en los cuatro últimos sitios indiqué:

—Decidle que le busca Bob Stern. A las cuatro de la tarde iré a dónde nos vimos ayer. Si sabe lo que le interesa, procurará estar aguardándome.

Fracasado en aquella búsqueda, emprendí otra en Pasadena, con idéntico resultado negativo. Max Scaleri tenía mayores motivos que Billy para no desear hablar conmigo. Tuve que limitarme a dejar en la casa en que vivía mi nombre y mis señas, indicando que deseaba verle para un asunto urgente.

—Se lo diré si le veo o llama —dijo la mujer que tomó mi recado—. Pero hace días que no aparece por aquí, y a lo mejor no vuelve hasta dentro de tres o cuatro semanas.

Podía ser verdad o no serlo; era algo que no podía decidir por el momento, sabiendo tan poco del individuo en cuestión. En cualquier caso, resultaba más que dudoso que acudiera a mi encuentro, aunque contra lo que yo suponía no fuese el sujeto que disparó la noche anterior

tomándose como blanco.

Aburrido, entré en un bar, tomé un bocadillo y telefoneé a Corwin. Aunque temía que el teniente no hubiese hecho nada por localizar al individuo que resultó herido la noche anterior, nada perdía con preguntarle.

—Debió ver visiones, Stern. Hemos preguntado en clínicas, hospitales y sanatorios, pero su pretendido agresor no aparece por ningún lado.

Era lo único que me interesaba de Corwin, y quise colgar; me lo impidió, echándome en cara con tono destemplado que le hubiese mentido en nuestra última conversación.

—¿Por qué se calló que sabía quién era el asesino de Madero?

En Los Ángeles todo el mundo vive adelantado; los periódicos de la noche se publican a mediodía, y los de la mañana la víspera. Era posible que el «Mirror» estuviese ya en la calle. O que Coates hubiese informado al teniente.

—¿Lo dice por el reportaje del «Mirror»? ¡Pero si se lo conté antes a usted con pelos y señales...!

Me costó trabajo meterle en la mollera que lo dicho a Coater era lo que le había anticipado, y que mis tiros apuntaban a Susane Chapman. Cuando acabó de digerirlo pareció a punto de sufrir un ataque.

Repitió a gritos que me había vuelto loco; insistió en que la dama estaba por encima de todas las sospechas y que tenía una coartada perfecta, cuya exactitud comprobó fuera de toda posible duda, como me informó aquella misma mañana. Si lo había olvidado...

—Lo recuerdo —le atajé—. Pero si entonces no la concedí demasiado crédito, ahora puedo asegurarle que es falsa.

Subió de punto su indignación, discutimos con aspereza y la comunicación concluyó sin llegar a un acuerdo.

Perdí el resto de la mañana y el comienzo de la tarde, yendo un poco al azar de un lado para otro, tratando de ver a diversas personas. Estuve en la dirección de la Pacific, con la ilusión de hablar de nuevo a *mistress* Chapman, pero la encantadora Susane se negó a recibirme.

—No podría llegar hasta ella de ninguna de las maneras —me informó un caballero, amable y sonriente—. Pero si no se va puede tener un disgusto.

—¿Con usted? —pregunté, midiéndole de pies, a cabeza, con una mirada desdeñosa.

—¡Oh, no! Con la Policía. *Mistress* Chapman la avisó en cuanto supo su llegada. El teniente Corwin estará aquí antes de cinco minutos.

Necesitaba más de cinco minutos para convencer a Susane de que le convenía hablar clarito, y no tenía el menor deseo de enfrascarme en una nueva y violenta disputa con el teniente. Opté, pues, por abandonar el edificio.

—Diga a *mistress* Chapman que lea el «Mirror» —indiqué al despedirme—. Es posible que después tenga interés en verme. Por si acaso, estaré a las seis en mi casa, dispuesto a recibirla.

—Se lo diré, pero yo en su lugar no perdería el tiempo.

—Es probable que lo gane. Cuando vea lo que dice el periódico le correrá prisa hablar conmigo.

Lo dije con una seguridad de la que carecía; pero la idea no era totalmente disparatada. Al leer el periódico comprendería que sospechaba de ella. Quizá quisiera justificarse, de ser inocente. O silenciarme de una manera definitiva, de no serlo.

A las cuatro encontré a Billy Madero esperándome en la misma taberna en que habíamos hablado la víspera. Bastaba mirarle a la cara para comprender que la charla en perspectiva no le hacía feliz. Mi insistencia en verle se le antojaba preñada de graves peligros.

—¿No se habrá aprovechado de lo que dije confidencialmente, para meterme en un lío? —preguntó, apenas cambiamos un apretón de manos.

Lo tranquilicé. De momento me tenía sin cuidado el pequeño tráfico en que andaba mezclado; pero me importaba, y mucho, que hubiese mentido.

—¿No cree que estuve en Lennox entre las ocho y las nueve del sábado? —inquirió, sorprendido—. Si pregunta en el bar que le indiqué...

No había perdido el tiempo preguntando allí; estaba seguro de que los camareros dirían que le habían visto, aunque no fuese verdad, y debía serlo. Pero...

—Es otra cosa, y lo sabes. ¿Por qué callaste el viajecito a Palos Verdes para ver a Dillman?

Le sorprendió la pregunta y se apresuró a negar todo parecido con la realidad. Persistió en la negativa, aunque le acorralé materialmente. Pero estaba mintiendo; y lo sabíamos los dos.

—¡Merecías que te partiese la cabeza, imbécil! —chillé, indignado—. ¿No comprendes que al mentir estás protegiendo al asesino de Joe?

No lo comprendía, naturalmente. Creía que sospechaba de Vernon y no acertaba a explicarse mi actitud. A Madero le habían matado entre las nueve y las nueve y media, y si Dillman se hallaba en Palos Verdes antes de las diez de la noche...

—No es el asesino, desde luego —le aclaré—; pero sí el cómplice; como lo eres tú, no sé si de una manera deliberada o por simple cerrazón mental. ¡Aguarda un momento, a ver si empiezas a ver con claridad las cosas!

En la taberna acababa de penetrar un individuo vendiendo los periódicos de la tarde. Fui hasta él, compré el «Mirror», comprobé con una ojeada que mis previsiones respecto a la discreción de Coates se habían cumplido, y volví junto a Billy. Señalándole la información que nos interesaba, indiqué:

—¡Lee eso!

Lo leyó, y su rostro reflejó una viva estupefacción. Coates no había cumplido su promesa, pero transcribió con exactitud mis palabras.

—¿Fue una mujer, entonces? —preguntó Billy.

Incliné la cabeza, en gesto afirmativo. Cuanto más lo pensaba, se acentuaba mi seguridad en aquel extremo.

Vernon trata de encubirla, diciendo que estaba con ella a la hora de cometerse el crimen. Es una coartada, que tú puedes destruir de un simple manotazo.

—Sí —murmuró Billy, pensativo—, es posible que tenga razón.

—¡Claro que la tengo! —insistí—. Lo único que falta es que hables de una vez.

Con un exceso de optimismo di por descontado que saltaría por encima de dudas y vacilaciones para decir lo que sabía. Me equivoqué, porque cerró la boca y a todas mis preguntas respondió con evasivas.

—Pero —le increpé, furioso—, ¿es que deseas que la que mató a tu hermano goce de una completa impunidad?

Replicó que deseaba castigarla con tanta o mayor dureza que yo mismo; incluso insinuó que no cedería a nadie el honor de hacer justicia.

—¿Por qué no dices de una vez lo que sabes?

—Porque lo que sé nada tiene que ver con el crimen.

Comprendí al cabo su juego. Estaba arrepentido de haber hablado la víspera del paquetito llegado en un avión de la Pacific; posiblemente le había aleccionado Vernon sobre las posibles consecuencias de su sinceridad. En cualquier caso, no quería comprometerse más, reconociendo que estaba de acuerdo con Dillman en el contrabando de drogas.

Pero comprenderlo no sirvió precisamente para que mejorase el concepto que me merecía. Lo empeoró, por el contrario. Que un sujeto no se atreviese a arriesgar una temporada de encierro con tal de castigar a los que mataron a su hermano, era buena prueba de su catadura moral.

—Joe no era hermano mío y, sin embargo, me estoy jugando la piel. Lo menos que podías hacer, de no ser un cobarde...

—No soy un cobarde —protestó—, y haré lo que deba, sin necesitar sus lecciones.

Ya he dicho que la paciencia no figura entre mis virtudes, y hubiera tenido que ser el mismo Joe resucitado para no estallar. Dije a Billy lo que pensaba y le llamé por su nombre. No le gustó. Furioso, trató de agredirme, pero fui más rápido y pegué más duro, y le costó medir el suelo con la espalda.

Masculló unas cuantas amenazas y aun trató de ponerlas en práctica rebuscando entre sus ropas. Pero advirtió que mi mano derecha había desaparecido bajo la americana y desistió. Tres o cuatro clientes de la taberna se acercaron, curiosos.

—Vuelvan a lo suyo, muchachos —les aconsejé—. Aquí no hay nada

que ver. Se trata de una pequeña broma entre dos buenos amigos. ¿No es cierto, Billy?

El joven Madero ratificó mis palabras con un gruñido. Luego se incorporó, acariciándose la dolorida mandíbula y mirándome con ojos llameantes. Nada debía desear más en aquel instante que pisarme la cabeza.

—Yo pensaría lo mismo en tu lugar —dije—, pero aplazaría el cobro de la factura hasta haber liquidado a la persona que terminó con Joe.

Lo pensó un rato y acabó dándome la razón. No parecía muy contento en cualquier caso y más pareció acceder para que le dejase en paz que por íntimo y verdadero convencimiento. Se mostró un poco más locuaz, pero no mucho.

—Es posible que haya algo más importante que la marihuana —dijo, en un momento dado—. Era tras de lo que iba Joe, y también, por la cuenta que le tenía, Dillman.

Quise saber el qué, pero se lo calló. No era, desde luego, la fidelidad de *mistress* Chapman a su enamorado galán o sus posibles devaneos sentimentales. Entre la dama y Vernon no había lo que yo me figuraba y el propio interesado había dado a entender.

—Sus relaciones son puramente comerciales —afirmó—. Igual que lo son las mías.

Aquello sugería muchas cosas; desgraciadamente, me quedé con las ganas de saberlas. Tras dejar escapar una palabra o una frase, Billy parecía arrepentirse y recogía velas apresuradamente.

No habló claro en ningún momento, limitándose a las medias palabras que tenía que sacarle a viva fuerza del cuerpo.

—¿No crees, entonces, que fue una dama quien le asesinó? —pregunté en una ocasión.

—Pudo serlo —admitió—; o un individuo por mandato de esa misma mujer. Pero ¡cuidado! Ni uno ni otra son los que usted piensa.

—¿En quién piensas tú?

—Si se lo dijese ahora no me creería. Prefiero comprobar antes algo.

Había que matarlo o dejarlo; pero muerto no diría nada y vivo quedaba la esperanza de obligarle a hablar.

—¡«Okay», Billy! Voy a darte un plazo para que averigües lo que quieras y veas lo que te conviene. ¿Veinticuatro horas? Sea. Pero si mañana a esta misma hora...

Afirmó que le sobrarían cinco horas para descubrir y terminar con los asesinos de su hermano. Hablaba en tono sincero, pero no le creí.

—¡Ojalá sea cierto! —dije al despedirme—. Pero si pierdes un día y me lo haces perder a mí, a lo mejor llegas a tiempo para que te sirva el mismo funeral que a Joe.

Eran las cinco cuando abandoné la taberna, y hasta las seis no había

dicho a Susane Chapman que estaría en casa, aguardando su decisión. Supuse que no perdería nada viendo a Grace Allison, y no me equivoqué.

Se disponía a salir cuando llegué, y hablamos un momento de pie y en el «*living*» de su apartamento.

Había leído el «*Mirror*» e interpretaba certeramente más insinuaciones. Le costaba trabajo creer que *mistress* Chapman hubiese intervenido en el crimen, pero no rechazaba la posibilidad de una manera rotunda, como la víspera.

—Es una mujer desconcertante. A primera vista parece incapaz de matar a una mosca, pero tiene más frialdad y dureza que muchos hombres, y llegado el caso...

Bien. La exhibición que me tocó presenciar en el Malibu demostraba que Grace estaba en lo cierto. ¿Sería siempre así la encantadora Susane?

—No la conozco a fondo, pero me inclino a responder afirmativamente. En los negocios no se puede progresar haciéndose de miel, y *mistress* Chapman ha ganado millones.

—¿Y en el aspecto personal, emotivo, amoroso...?

Era igual. Dada su belleza y dinero, muchos la rondaban constantemente. Susane hacía cara a varios a un tiempo, sobre todo si eran jóvenes y bien parecidos. Pero sabía mantenerlos a raya.

—¿Incluso a Dillman?

Suponía que sí, aunque ignoraba las relaciones que hubiera entre ambos. Pero había oído hablar de otros a los que admitió en su compañía en algún momento y despidió después de mala manera.

—Y entre ellos hubo uno que usted no puede figurarse siquiera: Billy Madero.

No me lo imaginaba, desde luego; pero nada tenía de increíble. Billy tenía doce años menos que la dama, por encima de los seis pies de estatura, un pelo negro y rizado, unos ojos grandes y una cara que a ninguna mujer disgustaría mirar más de una vez.

—¿Hubo algo entre ellos?

Grace lo sabía de una manera vaga, por referencias de Joe. Parecía que durante unas semanas. Billy figuró en cabeza entre los amigos de Susane; después cayó en desgracia, y *mistress* Chapman no quiso volverle a ver.

—Joe creía que por los antecedentes de su hermano, aunque es posible que fuese otro el motivo.

En todo caso, el resultado fue el mismo. Billy utilizó todos los procedimientos a su alcance para reconquistar la perdida confianza, pero no consiguió nada. Ni súplicas ni amenazas le dieron el menor resultado.

—Y tenga en cuenta que Billy no tiene nada de blando, y que a las malas...

Inevitablemente hablé de mi reciente entrevista con él y de lo sucedido. Grace me escuchó con atención y pareció asustada. El joven Madero no

olvidaría los golpes recibidos y procuraría cobrarse.

—Ya son dos los que tienen razones para desear su muerte, Bob.

Sonreí, desdeñoso. Los que deseaban mi muerte pasaban del centenar con anterioridad a todo aquello. Sumar dos individuos a la lista no me quitaría el sueño. Aunque estaba seguro de que no eran dos, sino cuatro como mínimo.

—Porque también debemos incluir a Scaleri en la lista. Y a la dama que le mandó.

—¿Susane Chapman?

Para mí no podía ser otra. Su actitud de la víspera y lo que iba sabiendo de ella me hacían verla como era: una «wamp» de los alegres veinte, capaz de besar y matar a un tiempo.

O, mejor todavía, una de aquellas espías que protagonizaron en el cine mudo Greta o Marlene, y cada uno de cuyos besos significaba la muerte para un puñado de hombres.

—Sí —admitió, pensativa, Grace—. Igual que existe el fanático del «hit and run», del atropella y escapa, puede haber la mujer que besa y mata. Y *mistress* Chapman...

—Pudo hacer ademán de besar a Joe —concluí la frase—, mientras apoyaba en su estómago el cañón de una pistola.

Me arrepentí de haberlo dicho viendo llenarse de lágrimas sus ojos. Pero, en definitiva, era lo que pensaba. ¡Y lo que probablemente había sucedido!

A las siete estaba cansado de esperar a solas en mi habitación. Para entonces estaba seguro de que Susane habría leído el «Mirror», pero también de que no pensaba visitarme y tratar de disipar mis sospechas.

Había quedado en cenar con Grace. Pero no sería antes de las nueve, y faltaban dos horas. *Miss Allison* estaría en aquel instante en las oficinas de la *Pacific Coastal*, sonsacando habilidosamente a compañeros, amigos o simples conocidos.

—Me dirán todo lo que sepan de *mistress Chapman*, y es posible que sea interesante.

Podía serlo mucho, si había algo de cierto en lo insinuado por Billy y aunque no lo hubiera. Grace era inteligente, y ningún hombre resiste a la combinación de una mujer bonita y lista que le pregunta. Si había alguien que sabía algo de Susane —y tenía que haberlo—, yo lo sabría aquella misma noche.

Pero me molestaba permanecer cruzado de brazos, y por matar el tiempo telefoneé a Inglewood. Tuve más suerte de la que esperaba y fue la propia interesada quien descolgó el auricular.

—¿Es que no piensa venir —pregunté, luego de dar mi nombre—, o que no ha leído todavía el «Mirror»?

—Si el periódico se refiere a mí —replicó, despreciativa—, lo que dice no pasa de ser una insidia, y yo no pierdo el tiempo hablando con los calumniadores.

—Prefiere encargar a Max Scaleri que los agujeree la piel, ¿no?

Contestó algo difícil de consignar por escrito, y yo correspondí a su fineza.

Pero no negó que conociese a Max Scaleri, que era, en definitiva, lo que me interesaba.

Sentí una íntima satisfacción, que fue desvaneciéndose en la media hora siguiente de absoluta inactividad. Al cabo, y pese a que sobraba tiempo, decidí cambiarme de traje para presentar el mejor aspecto posible a los ojos de mi acompañante de la noche.

Cedí a la tentación de darme una ducha, y estaba secándome cuando llamaron a la puerta. Un momento acaricié la idea de que *mistress Chapman* hubiese cambiado de opinión, resolviendo visitarme.

—¿Quién es? —pregunté, mientras me ponía a toda prisa los pantalones y la camisa.

—Un telegrama urgente —respondió una voz de hombre— para míster Robert Stern.

—«Okay». ¡Échelo por debajo de la puerta!

—Ahí va, pero tiene que devolverme firmado el recibo.

Un sobre pasó por debajo de la puerta. Yo me acerqué a recogerlo, pero antes de tocarlo hubo algo que me sorprendió. No era un sobre de los utilizados por la Western Union ni ninguna de las otras compañías, y estaba en blanco.

Adiviné el peligro y salté a un lado de la puerta. Casi en el mismo instante se abrió un agujerito en la madera y un trozo de plomo fue a clavarse en el entarimado del piso. Al primer tiro siguieron varios más.

El que manejaba el juguetito conocía su oficio porque tiraba a un lado y a otro colocando sus proyectiles en casi todos los ángulos de la habitación. Pero yo también conocía el mío y al saltar me había desenfilado por completo de la puerta.

No armó demasiado escándalo, porque indudablemente había tenido la precaución de colocar un silenciador a su pistola. Ansiando dar un buen disgusto a mi desconocido agresor, tiré con rapidez en cuanto pude alcanzar la «Luger».

Mis disparos resonaron como cañonazos y la habitación se llenó en un instante con el acre olor de la pólvora. Yo seguí hasta agotar el cargador.

Pero el ruido de los disparos no me impidió oír el alarido que lanzó mi invisible adversario al ser acariciado por una de mis balas, ni los pasos precipitados de su huida.

Otro cualquiera habría abierto de golpe la puerta para lanzarse tras él. Yo lo pensé dos veces y tardé medio minuto en hacerlo. Había agotado la munición de la «Luger» y quise colocar un nuevo cargador por lo que pudiera suceder.

Cabía que el alarido fuese una aňagaza y el tipo estuviera en el pasillo esperando para cazarme con plena impunidad. No fue así, desde luego, pero no quise correr riesgos innecesarios, y cuando abrí con toda clase de precauciones y empecé la persecución me llevaba demasiada ventaja.

Bajé de cuatro en cuatro los escalones y no me sirvió de nada. El individuo había desaparecido. No sin dejar un claro rastro, porque numerosas gotas de sangre indicaban el camino seguido en su huida.

—Creí que me mataba —dijo el portero, pálido como un espectro y temblando aún de pies a cabeza—. Me asomé a la escalera al oír los disparos y le vi bajar con una pistola en la mano y ojos de loco. Si no me tiro al suelo detrás de aquel diván...

Varios individuos, que aparecieron presurosos en cuanto tuvieron la seguridad de que había pasado todo peligro, completaron el relato del portero. Parecía que alguien esperaba a mi agresor al volante de un coche en marcha.

—El automóvil era un Chrysler —afirmó uno.

—¡Y yo apostarí a que lo conducía una mujer! —agregó otro.

No todos estaban conformes en esto; ni siquiera se ponían de acuerdo

apelo a las señas del fugitivo, al que aseguraban haber visto pasar por su lado, aunque probablemente ninguno tuvo el valor preciso para mirarle a la cara.

Tan contradictorias eran las descripciones que me facilitaban, que sólo sirvieron para acentuar mis dudas. Juzgando por los testigos presenciales, igual podía ser Max Scaleri que Billy Madero. Ambos sentían parecido interés en llenarme de agujeros el cuerpo; y a los dos les impulsaba una misma mujer.

Llevaría seis o siete minutos en el vestíbulo, oyendo las confusas explicaciones de los muchos que ahora me rodeaban, cuando en la puerta apareció Chester Corwin. Fue una sorpresa para mí, que jamás hubiera creído que el Police Department funcionase con tanta eficacia.

—Le felicito, teniente. Apenas se ha extinguido el eco de los disparos y ya está usted en el lugar del suceso. Su celeridad...

—¿Quiere decirme sin rodeos —me interrumpió, ceñudo— y lo más de prisa posible qué ha sucedido aquí?

Se lo dije, y su gesto de asombro me sumió en un mar de confusiones. Cuando terminé, Corwin dirigió una mirada interrogadora a quienes nos rodeaban.

—Es usted quien debe recibir las felicitaciones, Stern —comentó, luego de que el portero confirmó mi relato—. Es un hombre de suerte.

—No todo se lo debo a la suerte —contesté, un poco molesto—. De no adivinar el peligro y saltar a un lado medio segundo antes de comenzar los tiros...

—Parece que no me entiende, amigo —me atajó.

La suerte fue que a ese sujeto se le ocurriese tomarle como blanco.

Yo entendía que mayor suerte para mí habría sido que disparasen contra él, y se lo dije.

—De no darse tan afortunada coincidencia —aseguró Corwin—, le detendría ahora mismo. En realidad, venía a eso.

—¿Detenerme, por qué? —pregunté, desconcertado.

—Por el asesinato de Billy Madero.

Pese a su seriedad, creí que bromeaba y le costó trabajo hacerme comprender que decía la verdad. Hacía veinte minutos que Billy había sido acribillado a balazos en una calle de Inglewood, en las proximidades del Hyde Park.

—Un coche que iba en su misma dirección se le adelantó y alguien disparó desde el interior del vehículo. Muerto sobre el volante, Billy perdió la dirección y fue a estrellarse contra una farola.

Nadie escuchó el ruido de los disparos ni se dio cuenta de lo sucedido hasta que fue demasiado tarde. Para entonces, el coche del agresor había desaparecido. Como ocurre siempre, los testigos presenciales no se ponían de acuerdo ni acerca de la marca del automóvil ni sobre sus ocupantes.

—Para unos era un Pontiac; para otros, un De Soto. Mientras algunos sostenían que iba un hombre solo, varios aseguraban que le acompañaba una mujer.

Yo me inclinaba por esta última hipótesis, aunque discrepaba respecto a la marca. El coche debía ser un Chrysler, y sus tripulantes los mismos que acababan de hacerme una amable visita. Pero había algo que no acertaba a comprender.

—¿Por qué se le ocurrió pensar que tenía que ser yo el asesino?

La respuesta de Corwin me dejó boquiabierto. Estaba perfectamente enterado de mi violenta disputa de unas horas antes con Billy; incluso de mis amenazas al despedirnos. Parecía ignorar todo lo que podía favorecerme y no conocer sino lo que centraba sobre mí las sospechas por el reciente crimen. De cualquier manera, estaba bien enterado.

—¿Cómo lo sabe?

—No todos los genios están en el Burean —respondió, evasivo y burlón—. Aunque no lo crea, mi cabeza no es un simple adorno.

Nadie tomará por un adorno la cara del teniente. Tenía la fealdad precisa para hacer imposible toda duda. Pero yo tampoco le creía con la inteligencia necesaria para comprender la teoría de la relatividad.

La fuente de su información tenía que ser una confidencia; y en aquel caso concreto no creía equivocarme acerca del origen de su conocimiento.

—¿A qué hora le telefoneó la dama diciéndole que yo pensaba asesinar a Billy?

Le tocó el turno de asombrarse. Tanto que no se atrevió a negar haber recibido una llamada telefónica de alguien que mantenía un riguroso incógnito.

—¿Por qué sabe que fue una mujer?

—Porque es la misma que tras liquidar a Billy quiso silenciarme a mí: Susane Chapman.

Se negó a creerme, y tuve que echar mano de toda mi elocuencia para convencerle. Quizá no toda la culpa fue de su rudimentaria inteligencia; es probable que yo no supiese razonar con acierto; seguramente ambas cosas contribuyeron por partes iguales.

El resultado fue que a los veinte minutos de discutir estábamos como al principio. Habíamos empezado a hablar en el vestíbulo y terminamos en mi habitación mientras concluía de vestirme.

—Hay una manera fácil de aclarar las cosas: ver a Susane Chapman. No podrá decirme dónde estaba a la hora de matar a Billy ni de agredirme a mí. Y aunque invente cualquier historia, Scaleri escapó herido, y las manchas de sangre en el Chrysler...

Constituirían una prueba decisiva. De encontrarlas, claro está, cosa que Corwin se negaba a admitir «*a priori*». Pero nada perdía con intentar la comprobación indicada. Acabó accediendo, acaso porque no se le ocurría

nada mejor.

Habíamos perdido un tiempo precioso y tratamos de recuperarlo pisando a fondo el acelerador del coche una vez en la calle. Con todo, eran las ocho y media cuando ganábamos la entrada de la señorial Manor House, de Inglewood.

El galoneado portero a quien ya conocía de mi anterior visita intentó cerrarnos el paso y me limité a apartarle de un cariñoso empujón. Luego pretendió decir algo mientras entrábamos en el ascensor, pero le dejamos con la palabra en la boca.

Subimos a la cuarta planta y nos dirigimos hacia el apartamento principesco donde Susane Chapman había sentado sus reales. No tuvimos que llamar, porque la puerta se abrió antes de que tocásemos el timbre, y ante nuestros sorprendidos ojos apareció la figura inconfundible del inspector Barnett.

—Llegan con retraso, amigos —dijo, con la sombra de una sonrisa en los labios—. ¡El pájaro ha volado!

—Pero —acertó a mascullar Corwin—. ¿Sabe a quién buscamos?

—A la misma persona que yo, y acaso por idénticas razones —respondió el inspector, acentuando considerablemente el asombro que me producía verle allí—. *Mistress* Chapman, ¿no?

No dije nada, porque estaba demasiado atareado tratando de poner un poco de orden en mis ideas. El teniente asintió con un gruñido y preguntó a su vez, con manifiesta incredulidad:

—¿Está seguro de que ha huido?

—Completamente. Puede registrar el apartamento si quiere, pero perdería el tiempo. Acabo de hacerlo, y la encantadora dama tuvo a bien esfumarse antes de mi llegada.

—¿Cuánto tiempo antes? —Tuve interés en hacerle precisar.

—Veinte minutos y como llevo otros veinte tuvo que largarse entre las siete y media y las ocho menos cuarto.

No había mirado al reloj, pero fue a aquella hora aproximadamente cuando recibí la indeseada visita del caballero que pretendió anticipar mi defunción.

—Claro que puede haber un error de diez o doce minutos —continuó el inspector—. Pero tanto la doncella de *mistress* Chapman como el portero sostienen que montó en el coche poco antes de mi llegada.

La diferencia de diez o doce minutos era más que suficiente para explicarlo todo, y mis ligeras dudas se disiparon. Retornaron, no obstante, cuando Barnett mencionó la marca del automóvil: un Bentley.

—¿No sería un Chrysler?

El inspector no estaba muy seguro, y preguntó a la doncella de Susane, una mujer cuarentona, flaca y desabrida, que no parecía muy a gusto con la compañía de dos agentes del F. B. I. que la estaban interrogando en un

coquetón saloncito contigo a la entrada del apartamento.

La criada suponía que su ama habría utilizado el Bentley, que era su coche preferido; no descartaba, sin embargo, que se hubiera servido del Chrysler. Era más antiguo y menos lujoso que el coche europeo, pero *mistress* Chapman lo sacaba a veces.

—Con uno u otro —comentó Barnnett— lo efectivo es que ha huido y nos costará trabajo echarla mano.

Su fuga precipitada era un explícito reconocimiento de culpabilidad. En cierto sentido, aunque no en todos ni por completo, resultaba suficiente para mí, que conociendo el Bureau y los métodos de trabajo del inspector medio adivinaba las causas de la intervención de Barnnett.

Pero Corwin era incapaz de adivinar nada y le sacaba de quicio la idea de que el F. B. I. pretendiera pisarle el terreno. Había estado rumiando sus pensamientos en tanto que preguntábamos a la criada; al final, estalló:

—¡Cartas boca arriba, inspector! —exigió, en tono destemplado—. ¿Por qué diablos mete las narices en un asunto que no le incumbe? La muerte de Joe Madero...

—Es cosa suya, desde luego, teniente —procuró suavizarle Barnnett—. Por lo menos, mientras no se demuestre que está relacionado con algo que cae de lleno dentro de nuestras atribuciones.

—¿Contrabando de drogas? —preguntó, seguro de dar en el blanco.

—Eso y algo de mayor gravedad. De tanta, que cuanto menos hablemos...

Sonreí, desdeñoso. Comprendo la discreción hasta ciertos límites. No conviene espantar la caza, pero cuando la caza está espantada, el excesivo secreto linda con el ridículo.

—Y la huida de Susane demuestra que sabe ya todo lo que necesita saber.

Barnnett me dio la razón con un gesto, pero no pareció muy dispuesto a hablar. El teniente, por su parte, seguía nuestra charla, con un aire de incomprensión, y no acertaba a decir nada.

—¿Cogieron por lo menos a Dillman?

Tras una ligera vacilación, el inspector respondió negativamente. Le habían buscado aquella tarde en su domicilio de la ciudad y en sus oficinas, pero no le encontraron, aunque hallaron pruebas suficientes para ponerlo a buen recaudo en cuanto pudieran dar con su paradero.

—Fue precisamente, según la doncella, quien avisó a *mistress* Chapman por teléfono poco antes de presentarme yo.

—Y uno de ellos, o los dos juntos, liquidaron a Billy para impedirle hablar, y trataron de hacer lo mismo conmigo —afirmé.

Era la primera noticia que Barnnett tenía de ambos sucesos, y tuve que contarle con rapidez todo lo que sabía. Añadí algo que no pasaba de ser una suposición, pero acerca de lo cual no creía tener la menor duda: los

nombrados de los autores responsables.

—Es posible que sean ellos —admitió el inspector, sin ningún convencimiento—. Pero mientras no les atrapemos...

Suponía que habían huido de Los Ángeles y ya había dado órdenes para vigilar carreteras, puertos y aeródromos, aunque sin demasiadas esperanzas. Yo creía que continuaba en la ciudad o sus alrededores.

—¿Por qué?

Expuse con claridad lo que pensaba. Yo no estaba muy seguro de que hubiera sido Max Scaleri el que disparó contra mí; pudo muy bien ser Vernon Dillman en persona.

—Pero fuera quien fuese, le alcanzó uno de mis balazos y está herido de gravedad.

No es fácil la huida, ni menos aún pasar inadvertido cuando se lleva a un tipo ensangrentado dentro del coche. Lo lógico es curarle antes, taponar como mínimo sus heridas, y en eso se pierde tiempo.

Quizá no se atrevieran a buscar un médico o una clínica, sabiéndose perseguidos de cerca. Pero muy bien podían haberse escondido en algún punto de Los Ángeles o los pueblos próximos. Una sospecha cruzó por mi cerebro.

—¿Han registrado el hotel de Dillman, en Palos Verdes?

—No; ni siquiera sabían que Vernon tuviese una finca allí.

—¡Vamos allá antes de que se larguen también!

Barnnett consideraba inútil la excursión. Meterse en el hotel, equivalía para los fugitivos a meterse en la boca del lobo y no eran tan tontos. Pero insistí y logré convencerles.

—Es probable que se haya limitado a dejar allí a Max, que, herido, era un estorbo. Y como el Torrance Airport está a un paso...

Fue el inspector quien tuvo prisa ahora, y yo no hice nada por retrasar el viaje. Bajamos de tres en tres los escalones, seguidos por Corwin, que no se resignaba a verse excluido de las investigaciones. A los dos minutos corríamos hacia Palos Verdes.

Por desgracia, no pudimos ir tan rápidos como deseaba. Eran las nueve de la noche, la hora en que el centro de Los Ángeles se despuebla y los coches marchaban a lo largo de Hawthorne Boulevard a paso de tortuga. Adelantamos a muchos, pero tardamos treinta minutos en recorrer quince millas escasas.

Había un coche parado y con las luces apagadas junto a la verja del hotel de Dillman. Al verle, el corazón me dio un vuelco. Era un Chrysler exacto al que había entrevistado la noche anterior cuando alguien disparó desde su interior a la puerta de mi casa.

—¡Ahí tienen el automóvil que nos interesa!

Había un bulto dentro, y nos acercamos extremando las precauciones. Resultaron totalmente innecesarias. El bulto era de un individuo que

aparecía caído hacia atrás en el asiento delantero del coche. No se movió al aproximarnos ni al enfocarle con una linterna.

Tenía el hombro izquierdo manchado de sangre, pero no era aquélla la causa de su definitiva inmovilidad, sino un balazo disparado posiblemente a quema ropa y entrándole por la sien izquierda debió producirle una muerte instantánea.

—¡Max Scaleri! —exclamó, impresionado, Corwin, que le conocía.

—¡Sí, Max! —respondí, excitado—. ¡Y ahora ya no es posible la menor duda acerca de la encantadora Susane!

—¿Crees que fue ella? —preguntó el inspector Barnnett.

—¡Seguro! Y no fue su único crimen de esta noche. Como tampoco es el primero al que inmoviliza con un beso para liquidarle con mayor impunidad. Si recuerdan el gesto del pobre Joe y miran a ese tipo...

VI LA ÚLTIMA SORPRESA

SEGUIMOS hacia el hotel con las pistolas en la mano, prestos a rechazar cualquier agresión. Las precauciones resultaron tan inútiles como las tomadas al acercarnos al automóvil. La puerta del edificio estaba abierta y dentro no había nadie.

Hallamos, en cambio, signos inequívocos de que alguien había andado recientemente por allí, recogiendo con excesiva premura cuanto le interesaba llevarse. Una caja de caudales abierta de par en par y vacía; numerosos papeles tirados por el suelo del despacho; un armario cuyo contenido aparecía revuelto y el hueco dejado por una maleta grande, eran indicios de fácil interpretación.

—¿Por qué crees que asesinarían a Max? —preguntó Barnnett, mientras apresuradamente registrábamos las distintas habitaciones del hotelito.

—Porque no podían o no querían llevarle consigo, y no deseaban correr el riesgo de que le hiciéramos hablar de caer vivo en nuestras manos.

—Pero —objetó el inspector— si ya sabemos que Susane y Vernon están metidos hasta el cuello en el embrollo; si no podemos dudar siquiera de que fueron quienes ordenaron a Scaleri asesinar a Billy y hacer lo mismo contigo, ¿qué podía importarles lo que ese pobre diablo pudiera decir?

Parecía una objeción seria, pero no lo era. Una cosa es saber y otra muy distinta probar. Sabíamos que *mistress* Chapman había mandado a su secuaz matar; pero sólo el propio Scaleri podía probárselo fuera de toda duda.

—Cabe otra explicación —insistió Barnnett—: que contra lo que supones y das por descontado no fuera Susane quien le ordenó cometer los crímenes.

—¿Quién entonces? —exigí, más que pregunté—. A menos que haya una parte que ignore en absoluto, de todos los personajes que intervienen en el drama, sólo *mistress* Chapman y Dillman pueden ser los empresarios del crimen.

Había muchos aspectos de la cuestión que desconocía, como comprobé cuando el inspector, convencido de la absoluta inutilidad de continuar callando, contó un poco por encima las causas y motivos de su intervención en el asunto.

—Hace meses que empezamos a interesarnos por la Pacific Coastal —dijo—. Pero el interés subió de punto al detener a un tipo en Frisco el lunes de la semana pasada.

El individuo, sospechoso de realizar tareas de espionaje, había escapado de Norteamérica en 1956 y buscado refugio en Europa. Durante

tres años no se supo qué camino utilizó para huir; al detenerle se averiguó que había escapado en un avión de la Pacific y que se sirvió del mismo procedimiento para regresar con nombre supuesto.

Hasta aquel instante, Barnnett recelaba que la compañía pudiera ser la tapadera para un contrabando de drogas que reportaba millones a quienes lo realizaban.

Como principales interesados en aquel tráfico aparecieron desde el primer instante Susane Chapman y Vernon Dillman, secundados por elementos de menor cuantía, entre los que figuraba Billy Madero.

—Les vigilamos con discreción y tuvimos seguridad plena de su intervención en el negocio. Pudimos detenerles hace un mes, pero preferimos darles cuerda, esperanzados en que ellos mismos descubriesen a todos sus cómplices.

Antes de que se cumplieran sus esperanzas, la detención del agente de espionaje en San Francisco y las escasas declaraciones que lograron arrancarle dieron al asunto un cariz de mayor gravedad y dramatismo.

Ya no se trataba de las actividades delictivas de unos traficantes que se enriquecían a costa de la salud de un puñado de enfermos, sino de una vasta conjura que ponía en grave riesgo la seguridad del país. Y que, lo mismo que el contrabando de estupefacientes, giraba en torno a la Pacific Coastal.

—El sujeto apresado en Frisco no quiso decir lo que sabía; varios amigos suyos detenidos unas horas después fueron más explícitos, pero lo ignoraban casi todo.

Sabían, sin embargo, que la organización de que formaban parte llevaba funcionando un par de años y que por mediación suya habían sido enviados al exterior informes de capital importancia sobre los experimentos nucleares de Nevada y los aparatos supersónicos que se probaban en el desierto californiano de Mohave.

Todos coincidían en que las líneas y aparatos de la Pacific constituían su enlace con elementos situados en el extranjero. Alguien que estaba dentro de la compañía les permitía servirse de los aviones para hacer salvar las fronteras a los individuos o los informes que les interesaba sacar de Norteamérica.

—Suponían que eran varios los elementos suyos introducidos en la Pacific. Desgraciadamente, sólo conocían el nombre de uno de ellos, de una mujer, concretamente: Alice Smith.

Todo parecía sencillo; pero cuando el F. B. I. comenzó a investigar sigilosamente resultó que ni entre los directores de la compañía ni entre el personal de vuelo o de oficinas había ninguna Alice. Hallaron muchos que se llamaban Smith, pero todos hombres.

Desde el principio les llamó la atención que a la cabeza de la Pacific hubiera una mujer, aunque no se llamase Alice. Susane Chapman era

doblemente sospechosa, por sus antecedentes turbios y los millones ganados en poco tiempo nadie sabía exactamente cómo y por su carácter enérgico, frío y carente de escrúpulos.

—El eco de estar complicada en el tráfico de drogas —añadió Barnett — no constituía precisamente un tanto en su favor.

Pero carecían de pruebas, cuando el viernes por la mañana Joseph Madero hizo una visita al inspector, no sin tomar antes todas las precauciones imaginables para no ser descubierto. El detective contó una historia sorprendente, pero interesante.

—Hacía días que Vernon Dillman le había encargado vigilar los pasos de Susane Chapman. Aunque lo disimulaban y apenas se veían en público, estaban íntimamente relacionados, y el caballero parecía sentir grandes dudas acerca de la fidelidad de la dama.

—Es raro —comenté—. Joe jamás quiso aceptar encargos de esa índole. Me consta que en varias ocasiones rechazó cosas parecidas, pese a que hubiera podido embolsarse unos centenares de dólares sin el menor esfuerzo.

—Quizá Vernon le ofreció millares y venció su resistencia —contestó el inspector—; acaso Madero cambió de manera de pensar o tal vez tuvo razones personales. En cualquier caso, el hecho cierto es que aceptó.

Cumplió su compromiso con la escrupulosidad con que siempre se comportaba. Vigiló a *mistress* Chapman y comprobó que los temores de Dillman no carecían ni mucho menos de fundamento. Pero descubrió algo más.

—¿Que Alice Smith y Susane Chapman eran una y la misma persona? —apunté.

El inspector movió la cabeza en gesto negativo. Las averiguaciones de Madero no eran tan completas, por desgracia. Pero tenían la amplitud y gravedad precisas para inducirle a entrevistarse con los jefes locales del F. B. I.

—Sabía lo del tráfico de drogas, en que su mismo hermano podía estar complicado y de otros manejos mucho más peligrosos para todos.

Lo que Madero denunciaba venía a confirmar cuanto ya sabía Barnett. Pero quedaba lo fundamental: descubrir quién era la misteriosa Alice y obtener pruebas materiales para condenar a los dirigentes de la Pacific.

El inspector se franqueó con Joe, no sin exigirle un riguroso secreto. Madero le ofreció su colaboración incondicional y desinteresada. Se exponía a no cobrar un solo centavo de Dillman e incluso a tener un serio disgusto, pero no vaciló acerca del camino a seguir.

—Por encima de todo está desenmascarar y aplastar a un puñado de traidores.

Aunque hasta llegar a aquel punto de la charla lo había callado, señaló entonces que sospechaba quién era Alice; o, mejor dicho, la persona que

desde dentro de la compañía prestaba al grupo de espías los mejores servicios.

—Más que sospecharlo, lo sé —añadió—. Podría darle ahora mismo su nombre exacto. —Pero, por razones que al final comprenderá, es mejor que lo calle hasta poderlo demostrar por encima de toda razonable duda.

Estaba seguro de reunir las pruebas precisas en menos de cuarenta y ocho horas. En la tarde del sábado, en la mañana del domingo a lo más tardar, entregaría al inspector no sólo un informe completo, sino a los culpables.

—Hablabas con tanta firmeza, que le creí muy capaz de hacer lo que prometía. Por desgracia, le asesinaron en la noche del sábado.

Escuchó con el lógico interés el relato del inspector. Venía a esclarecer algunos puntos oscuros y acentuaba considerablemente la gravedad del asunto. Pero, en realidad, no destruía ni modificaba de una manera sustancial las conclusiones a que había llegado por mi cuenta.

—¿Por qué se indignó conmigo y me reprendió esta mañana al saber que investigaba la muerte de Joe? —pregunté, tras una breve pausa, aunque podía imaginarme la respuesta.

—Porque pese a la muerte de Madero, continuábamos con todo sigilo nuestras pesquisas y temía que tú, que perteneces al Bureau, descubrieras nuestro juego y pusieras sobre aviso a Dillman y Susane.

—Para que doce horas después —acusé, malhumorado— fuera usted mismo el que lo descubriese todo, ¿verdad?

Barnnett replicó que su cambio de actitud no era caprichoso. Le habría gustado seguir trabajando en las sombras, pero no pudo. Parecía que Vernon se había dado cuenta de la vigilancia de que era objeto y se sabía en peligro.

—Esta tarde supimos que tenía proyectado cruzar la frontera antes del amanecer. Quisimos impedir su fuga, pero se nos fue de entre las manos. Ya era inútil todo disimulo, como lo comprobamos al presentarnos en casa de *mistress* Chapman.

El intento de liquidarme a mí y los asesinatos de Billy y Max ratificaban su presunción. Lo único que cabía hacer era descubrir el paradero de Dillman y su amada y detenerlos.

—Aunque es probable que en este momento ya estén fuera de nuestro alcance.

Por si acaso, no descuidaba ninguna medida que pudiera contribuir al éxito. A partir de aquel instante, el F. B. I. se hacía cargo oficialmente de las investigaciones, y ya se estaban realizando registros y detenciones en diversos puntos fronterizos y en distintos aeródromos.

—De momento, no diremos una sola palabra sobre nuestros trabajos. Ni siquiera dejaremos que trascienda la noticia de la muerte de Max Scaleri.

No creía que aquello sirviera de nada, pero conocía al inspector y sabía

que era inútil tratar de convencerle. Barnett, por su parte, no parecía nada interesado en mi colaboración.

—Lo mejor es que te vayas a dormir y te olvides de todo —me aconsejó—. No tienes servicio hasta pasado mañana y para entonces...

Despidió también a Corwin, no sin ordenarle que guardase absoluto secreto sobre el asesinato de Max. Nada satisfecho, el teniente consultó por teléfono con el Police Department, tratando de hallar apoyo en sus jefes para continuar dirigiendo la investigación, pero tropezó con una negativa rotunda.

—¡«Okay», inspector! —murmuró, rabioso—. Yo estaba a punto de atrapar a los culpables. Veremos si el F. B. I. es capaz de mejorar mi labor.

Tenía el coche a la entrada del hotelito y se ofreció a llevarme al centro de la ciudad. Accedí en el acto, y un minuto después corríamos vertiginosamente hacía mi residencia.

Apenas cambiamos una sola palabra en el recorrido. Por razones semejantes, los dos estábamos de un humor endiablado. Cada uno por nuestro lado, ambos habíamos soñado con alcanzar un triunfo rotundo, para vernos desplazados en el momento culminante.

Yo estaba decidido a seguir buscando a los asesinos de Joe para hacer justicia con ellos. Ahora sabía quiénes eran, pero no dónde podía encontrarlos. Ni siquiera en qué sitios iniciar la búsqueda.

La única esperanza, débil y remota, era que Grace Allison, la prometida de Madero, hubiese averiguado algo durante su visita de la tarde a las oficinas de la Pacific. Aunque por mucho que hubiera descubierto no sería tanto como ya sabíamos todos.

Recordé de pronto algo que inexplicablemente había olvidado en las dos últimas horas: que la muchacha estaba esperándome para cenar juntos. Miré al reloj. ¡Las diez y media, y me esperaba a las nueve! ¿Se habría cansado de aguardar?

—Déjeme aquí, teniente. Tengo que hacer una llamada telefónica particular, y no me corre prisa llegar a casa.

Estábamos a tres manzanas escasas del edificio en que Grace tenía su confortable apartamento. Cuando Corwin me dejó, penetré en un bar y la llamé por teléfono. Descolgó con rapidez el auricular y al reconocermelo lanzó un grito de júbilo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, emocionada—. ¡Ya temía que te hubiese pasado lo mismo que a Billy!

Me tuteaba, creo que sin darse cuenta de que lo hacía.

—¿Cómo sabes lo de Billy? —pregunté a mi vez, tuteándola también.

—Dieron la noticia por radio. Quedé destrozada y cuando fueron pasando los minutos sin que aparecieras ni me llamasas... ¡Oh, ven inmediatamente, Bob! Estoy aterrada, y si tardas un cuarto de hora...

—¿Echarías a correr? —pregunté, poniendo un tono burlón en mis

palabras, deseoso de animarla un poco.

—¡No, no! —chilló, nerviosa—. Ni siquiera me atrevería a poner los pies en la calle.

Parecía al borde de un ataque de histeria. Hablando a gritos reconoció que si continuaba en su casa no era sólo porque yo había quedado en buscarla allí, sino por el miedo a ser asesinada de abandonar el apartamento.

—¿Asesinada tú? ¿Por qué?

—Por lo mismo que el pobre Billy. Era hermano de Joe y yo su prometida. Los que mataron a mi novio...

Empezó a sollozar sin concluir la frase. Era inútil proseguir la conversación por teléfono, cuando en dos minutos podía estar a su lado.

—¡Tranquilízate, Grace! Estaré ahí en un momento y no tienes nada que temer.

Fui a la carrera y subí de cuatro en cuatro los escalones, no queriendo perder tiempo en esperar al ascensor. Abrió la puerta antes de que llamase y con voz temblorosa y ojos que el temor parecía haber agrandado, suplicó:

—¡Vámonos de aquí cuanto antes, Bob! Tengo un coche a la puerta, y...

La miré, estupefacto. Estaba vestida con traje de calle, llevaba puesto un abrigo de entretiempo portaba un maletín de cuero negro. Cerró la puerta, sin invitarme a entrar, y me cogió del brazo, empujándome hacia la escalera.

—Pero ¿por qué no quieres continuar aquí?

—Porque me matarían.

—¿Quién?

—Ellos. Cuando regresé de la Pacific habían estado aquí buscándome. Volverán esta noche y si me encuentran...

La explicación no resultaba muy clara. Cabía imaginarse que «ellos» fueran Dillman y Susane. Se lo pregunté mientras bajábamos y respondió afirmativamente. Pero ¿qué razones tenía para creer que pensaban asesinarla?

—Suponen que Joe me dijo algo sobre las drogas y el espionaje.

Cogiéndola de un brazo la obligué a detenerse y a mirarme de frente. Si Joe le había hablado de aquellos asuntos, ¿por qué se lo calló hasta aquel momento?

—¡Pero si no me dijo nada! —protestó, con acento de sinceridad desesperada.

—¿Cómo lo sabes entonces?

—No sé más de lo que oí en la compañía esta tarde —respondió—. Decían que el F. B. I. buscaba a *mistress* Chapman por eso; incluso vi a unos agentes registrando los archivos.

Era perfectamente lógico y bastó para disipar mis recelos

momentáneos. Pero seguía sin explicarme el pánico cerval de Grace. Comprendía que la muerte de Billy la hubiera impresionado; pero no hasta llevarla al borde de la histeria.

—¡Vámonos, Bob, por lo que más quieras! —suplicó temblorosa, y con lágrimas en los ojos—. Te lo contaré todo, pero lejos de aquí.

Estábamos ya en la acera y me empujaba hacia un Nash parado a unos pasos de distancia. Me entregó las llaves, no sin mirar recelosa en todas las direcciones, como si temiera ver aparecer de pronto a los individuos que se disponían a asesinarla.

—¡Date prisa! Cada segundo que perdemos...

Impresionado a pesar mío, contagiado un poco por aquel miedo inexplicable, penetré en el coche, empuñé el volante y puse el motor en marcha. Grace tomó asiento a mi lado. Advertí que temblaba de pies a cabeza y lanzaba un suspiro de alivio al abandonar la calle.

—Vinieron siguiéndome desde las oficinas —dijo, sin necesidad de que la preguntase nada—. Un coche oscuro, creo que un Chrysler. Por fortuna, me di cuenta y conseguí despistarles. Pero quieren matarme y mientras no los detengan...

No dio nombres, pero no hacía falta. Sólo podían ser los que liquidaron a Joe y luego a Billy. Pero yo seguía sin comprender los motivos que inducían a Grace a pensar que tuvieran empeño en hacer lo mismo con ella.

—Saben que fui yo quien solicitó tu intervención en el asunto. Creen que les he echado encima el F. B. I. ¡Hasta que te he dicho que estaban casados!

Pegué un respingo. Nadie hasta aquel instante había insinuado siquiera que Susane pudiera ser la esposa de Vernon. Sin embargo, no resultaba disparatado ni mucho menos.

—¿No te lo dije? ¡Oh, claro! Si no lo supe hasta esta tarde y no te he visto después. Pero creo que sí; que se habían casado en secreto y... ¡Qué canallas! Matar a Billy porque estaba enamorado de... Pero tu...

Continuaba con los nervios desatados. Hablaba a voces, sin darse cuenta; saltaba de un tema a otro, dejando a medias las frases; miraba hacia atrás constantemente, como si temiera ser perseguida, y tenía más aspecto de loca que de persona equilibrada y normal.

—¡Tranquilízate! No nos sigue nadie ni te amenaza ningún peligro. ¿Adonde quieres ir?

—Sí; tienes razón —repuso, como si no hubiese oído mi pregunta—. A tu lado, nada tengo que temer. Pero si Susane y Vernon continúan libres...

—No lo estarán por mucho tiempo. De no haber cruzado ya la frontera, tienen las horas contadas.

—Pero mientras...

—¡Bastante harán con esconderse para pensar en nada! ¿Dónde piensas

pasar la noche?

—¡En mi apartamento, no! —contestó, volviendo a temblar con mayor fuerza—. Sería el primer sitio en que me buscarían...

—No lo creo, pero no volveremos al piso. ¿Qué tal cualquier hotel donde te inscribas con el primer nombre que se te ocurra?

—No estaría mal —dijo, sin demasiado entusiasmo; luego pensativa, agregó—: Pero quizá...

—¿Qué?

—¡Pomona! —exclamó, excitada—. ¡El «*bungalow*» de Joe, en Pomona! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

La miré, sorprendido, porque era la primera vez que oía mencionar tal «*bungalow*». Adivinó mi extrañeza, porque bajando la cabeza y en tanto que un ligero rubor se extendía por sus mejillas, explicó antes de que le preguntase nada:

—¡Oh! Lo alquiló Joe hace meses, pero no se lo dijimos a nadie. Era tan bonito pasar unas horas juntos, aislados del mundo entero, sin hacer otra cosa que mirarnos a los ojos...

—¡Allí estaré segura! —afirmó la joven—. Todo el mundo ignora la existencia de ese refugio. ¡Llévame allá, por lo que más quieras!

Aunque un simple arrabal de Los Ángeles, Pomona distaba treinta millas del punto en que nos encontrábamos. Podíamos llegar en media hora por la autopista de San Bernardino. Pero ¿para qué ir tan lejos, cuando en cualquier hotel del centro no correría el menor peligro?

—En el «*bungalow*» dormiré con mayor tranquilidad. Sobre todo si te quedas tú también. Sabiéndote cerca no me asusta nada. ¿No serás capaz de hacerme ese favor? Aunque sólo sea en recuerdo del pobre Joe...

—«Okay» —accedí—. Te llevaré a Pomona. Pero cuando recobres por completo la tranquilidad...

Me recompensó con una sonrisa incendiaria, y se apretó contra mí en el asiento de tal manera, que tuve que hacer un violento esfuerzo para conservar la sangre fría y no terminar estrellados contra cualquier árbol.

—¡Apártate un poco, Grace! —pedí con voz ronca—. De lo contrario nos exponemos a quedarnos en mitad del camino.

Se separó un segundo, para tornar a acercarse al siguiente. Yo procuraba concentrar mi atención en el volante y la carretera, pero era imposible ignorar por completo su proximidad.

—¡Alto! ¿Podría mostrarme su documentación, amigo?

Era un agente uniformado, que se acercaba cuando varios coches casi atravesados en la carretera me obligaron a frenar bruscamente a la entrada de Rosemead. Grace se apretó contra mí con mayor fuerza, mientras de sus labios se escapaba un grito nervioso.

—¡Tranquilízate! Con nosotros no va nada.

Cuando mostré la insignia del F. B. I., el agente nos permitió continuar.

Incluso dio, sin que se la pidiera, una explicación de lo que ocurría.

—Se trata de unos tipos peligrosos, ¿sabe? Tenemos bloqueadas todas las carreteras y si pretenden escapar...

Antes de llegar a Pomona nos detuvieron dos veces más. Indudablemente, Barnnett había tomado todas las precauciones necesarias para impedir la fuga de Susane y Vernon. ¡Con tal de que no las hubiera tomado con excesivo retraso!

—Tuerce por ese camino, Bob. El «*bungalow*» está pasados aquellos árboles.

Era una simple vereda que se iniciaba a un par de millas del pueblo. Corría por entre praderas de intenso verdor, con casitas muy espaciadas entre sí.

—¡Aquél es! Puedes parar delante de la entrada.

El llamado «*bungalow*» era un edificio de reducidas dimensiones, ni mejor ni peor que otros que se alzaban a ambos lados del camino. Debía constar de tres o cuatro habitaciones como máximo, no se le veía hasta estar materialmente encima y constituía un refugio ideal para una pareja de enamorados.

Detuve el automóvil en el punto indicado por Grace. Me apeé, ayudé a hacerla a la muchacha y me ofrecí a llevarla el maletín. Se opuso, con una sonrisa; bastantes molestias me había dado ya.

Sacó una llave y se dirigió hacia la puerta, pidiéndome que la siguiera y repitiendo de nuevo que nada resultaría más grato y tranquilizador para ella que me quedase a dormir en el «*bungalow*».

—Por lo menos —dijo, cuando, sacando fuerzas de flaqueza, me negué a pasar la noche allí—, aceptarás un *whisky*. Te lo prepararé yo misma, luego de comprobar que no hay nadie en la casita. Después...

Dejó el final en el aire, y yo me estremecí ligeramente. Era peligroso tomar un *whisky* con una mujer tan atractiva como Grace, a medianoche y en una casa aislada en mitad de los campos.

—Entraré delante —dijo, tras abrir la puerta—, para encender la luz y que no tropieces con cualquier mueble.

No esperé a que encendiese para penetrar. Lo hice pisándola los talones. El interior de la casita estaba en sombras y en un absoluto silencio. Pero tan pronto como hizo girar el interruptor y una luz clara inundó la estancia...

—¡Quietos! ¡El menor gesto es un billete para la eternidad!

Retrepada en un sillón, con los ojos fríos e inexpresivos clavados en mi cara y una pistolita apuntando a mi pecho, aparecía la encantadora Susane Chapman.

Junto a ella, temblando ligeramente a impulsos de la emoción, pero doblemente peligroso por eso mismo, descubrí a Vernon Dillman, cuya mano derecha sostenía un revólver de regulares dimensiones. Y alguien,

que no acertaba a ver porque lo tenía a la espalda, apoyaba en mi nuca el cañón de un arma de fuego.

—Hace rato que les aguardábamos —dijo Susane, con la sombra de una sonrisa en los labios—. ¿Les sorprende? ¡Lo comprendo! Pero no se preocupen mucho. Será la última sorpresa, ¡por lo menos para ustedes dos!

VII

AL FINAL, LA MUERTE

NO soy impresionable ni suelo quedarme corto hablando. Pero tres armas de fuego apuntando por sorpresa son suficientes para dejar mudos a Demóstenes o Cicerón que resucitasen.

Grace Allison parecía tan impresionada como yo. Permanecía inmóvil, como si el susto la hubiese trocado en una estatua. Incluso su rostro tenía la palidez del mármol. Pero, cosa extraña, había dejado de temblar y estaba menos asustada que cuando me recibió a la entrada de su apartamento.

—¡Cachéale, George! —ordenó, con su frialdad acostumbrada, Susane—. Llevará una pistola, y es capaz de manejarla en un momento dado.

Llevaba una «Luger», en efecto, y jamás sentí deseos tan vivos de manejarla. No intenté sacarla, sin embargo, porque no tenía el menor interés en precipitar mi defunción.

Consentí que el llamado George metiera la mano izquierda en mis bolsillos primero y en la sobaquera después, para aligerarme de peso. Un segundo acaricié la ilusión de que se interpusiera, al hacerlo, entre sus amigos y yo. Por desgracia, el tipo conocía su obligación y se apoderó de la «Luger» sin darme la cara ni apartar de mi nuca el cañón del arma que empuñaba.

—¡Quítala el maletín, Vernon! —indicó Susane a Dillman—. Supongo que traerá en él todo lo que nos interesa.

Sin soltar el revólver, el aludido dio un paso hacia la muchacha. Saliendo de su inmovilidad, Grace retrocedió unos pasos, acercándose a la puerta.

—Otro más y disparo —le advirtió seca, *mistress* Chapman—. Por mucho que corras, las balas son más rápidas.

Vernon estaba ya junto a Grace, y de un violento tirón la arrebató el maletín. La joven protestó, angustiada:

—¡No podéis quitármelo! Son cosas mías...

—Que nos interesan a todos —la atajó Susane—. Una pequeña fortuna nunca sobra, especialmente cuando hay que vivir en un país extraño.

Supuse que el maletín debía contener los ahorros de Grace, sus joyas e incluso los miles de dólares que me había ofrecido si descubría a los asesinos de su prometido. ¿Sería lo que Dillman y su amada habían ido a buscar al apartamento de mis Allison?

—Sí —admitió Dillman—. Hicimos una breve visita al piso, pero no la encontramos. Por fortuna, supimos que vendría aquí y que traería lo que buscábamos, ahorrándonos molestias y trabajos.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté—. Y no digas que te lo dijo tu amigo

Billy, porque no pudo hacerlo.

—Seguro que no. Cuando lo supe, había muerto ya. Le mataron antes, según la radio.

—¡La radio! —exclamé, desdeñoso—. ¡No seas cínico! Mejor que nadie sabéis vosotros a qué hora murió el pobre chico.

—¿Crees que le matamos nosotros? —Pareció sorprenderse Dillman.

—¡Pregunta a tu adorada Susane! Ella podrá contarte la historia con toda clase de detalles. ¿No es cierto, amiguita?

—No tengo nada que preguntarla —se encrespó Vernon, dolido por el tono despectivo con que aludía a la dama—. Ni tú tampoco. Si tuvieras una décima parte del talento que presumes, sabrías que le mató...

—La misma persona que asesinó a su hermano Joe, ¿verdad?

—Exactamente.

—Max Scaleri, ¿eh?

—¿Por qué Scaleri? Es posible que esté complicado, pero la verdad...

—¡Cierra el pico de una vez, estúpido! —se indignó Susane—. ¿No ves que al hablar le haces el juego, perdiendo un tiempo precioso?

—¡Bah! —replicó Dillman—. ¡Para lo que le va a servir...!

—¡Mejor nos servirá a nosotros si aprovechamos hasta el último segundo! Abre el maletín de una vez y mira si está todo.

Vencido por el tono imperativo de la mujer, Vernon colocó el maletín sobre una silla y lo abrió, sin dejar de mirarnos de reojo ni soltar el revólver.

—¡Y tú no te quedes ahí parado! —Tornó a chillar, airada, *mistress* Chapman, dirigiéndose al llamado George—. ¡Pon el aparato en marcha de una vez! Cuanto antes nos vayamos...

El interpelado dio su asentimiento con un gruñido. Apartó el cañón de la pistola que apoyaba en mi nuca y dio unos pasos hacia una puerta. No era la que habíamos utilizado para entrar; estaba en el lado opuesto de la habitación y debía dar a la parte trasera del edificio.

Pude verle entonces la cara, y no me sorprendió reconocerle. Era uno de los acompañantes de Susane en el Malibu. Si recordaba, y era difícil que lo hubiese olvidado, la forma en que le traté, debió tener que realizar un gran esfuerzo para no apretar el gatillo.

—¿Adonde pensáis llevarnos? —pregunté, por decir algo, rompiendo la pesada pausa que se abrió luego de la salida de George y en tanto Dillman examinaba el contenido del maletín.

—A ningún sitio. Habéis llegado al final del viaje.

—Tampoco vosotros iréis muy lejos —repliqué. El F. B. I. os busca por todas partes, las carreteras están bloqueadas, y en cuanto salgáis de aquí...

Una carcajada burlona de Dillman me interrumpió antes de concluir. Casi en el mismo instante llegó a mis oídos un estruendo fácil de identificar. Era el ruido del motor de un avión pequeño, de una avioneta

tal vez, al ponerse en marcha. Sonaba muy cerca: apenas a treinta o cuarenta yardas de la casita.

—¿Qué? —preguntó Dillman, burlón—. ¿Todavía crees que necesitamos pisar la carretera?

—¡Increíble! —murmuré, y lo era para mí—. ¡Una avioneta aquí!

Acudí de pronto a mi memoria algo de lo dicho por el inspector Barnett. Aquella tarde habían sabido que Vernon se disponía a huir. Pero el Bureau no sospechaba que tenía un pequeño aparato en Pomona; una avioneta que no necesitaba un aeródromo ni una pista de cemento para despegar.

—¡Qué bien preparado lo teníais todo! —Se me escapó a impulsos de la admiración.

—Lo tenía ella —contestó Vernon—. Incluso había convencido a George.

—¿Susane? —inquirí, pese a que la pregunta parecía innecesaria.

—¡Nada de Susane, imbécil! —chilló Dillman—. ¡Grace! Lo había convencido igual que a los otros, lo mismo que a ti, aunque al final...

—¡Mentira! —protestó furiosa *miss* Allinson—. Trata de engañarte para...

—Pierde cuidado, muchacha —la tranquilicé—. Entre tú y ese bandido...

—¿Bandido, insensato? ¡Estoy diciendo la verdad, trato de abrirte los ojos y...! Sólo con preguntar a George verías que de no descubrir Susane lo que le esperaba...

—¡Se acabó! —intervino enérgica y terminante *mistress* Chapman, que se había puesto en pie—. Cierra el maletín de una vez y vámonos. George lleva cinco minutos esperándonos.

—Pero me gustaría decir a este cretino la verdad —protestó Vernon que, sin embargo, se apresuró a cerrar el maletín.

—¡Ya lo descubrirá en el otro barrio!

Sólo un enfermo mental podía hacerse ilusiones, y mi cerebro funcionaba con mayor normalidad que nunca. Antes de dos minutos, Susane y Dillman abandonarían el «*bungalow*» para tomar la avioneta. Dos minutos pasan con vertiginosa rapidez, pero ni siquiera eso me quedaba de vida.

Tenía que hacer algo y hacerlo de prisa, aunque no sirviera para nada. Si de todas formas había de morir, era preferible caer luchando a la desesperada que esperar con bovina resignación el golpe de gracia.

Miré a Grace para despedirme de ella más que para anunciarle mi intento. Me pareció que tenía un objeto pequeño y brillante en las manos. Era una pequeña alucinación.

No confié en ella, sin embargo; ni siquiera confié en mí mismo. Al lanzarme de cabeza contra Dillman no soñaba con vencer. Aspiraba tan

sólo a morir como siempre había vivido: luchando.

Iba por el aire cuando resonó un disparo y sentí en el hombro los dientes de plomo de un perro rabioso que mordían mis carnes. Pero una bala, incluso de un colt del 45, era poco para frenarme en seco y fui a chocar contra Vernon.

Le pegué un cabezazo en el estómago. El dolor de hizo lanzar un grito, y el empujón salir rodando hasta el fondo de la habitación. Yo también rodé por el suelo. Aunque el hombro me ardía, tuve fuerzas para incorporarme de un salto.

Por desgracia, Dillman había tenido tiempo de arrodillarse. En la caída había soltado el maletín que se abrió al tropezar contra la pata de un sillón, pero no el revólver. Traté de alcanzarle en la cara con un patadón y él de pegarme un segundo balazo.

Los dos conseguimos nuestro propósito casi al mismo tiempo. La punta de mi zapato tropezó con su rostro, dejándole desfigurado para los restos. Su balazo se hundió profundamente en mi muslo derecho, haciéndome perder el equilibrio y caer encima de él.

Pero para entonces no era Dillman el único en disparar. La encantadora Susane apretaba también el gatillo de su pistola y dos agujas de muerte pasaron silbando a pocas pulgadas de mi cabeza.

La tenía a mi espalda, estaba herido y en el suelo; nada podía hacer contra ella. El instinto de conservación me impulsó, sin embargo, a algo que podía retrasar mi final siquiera unos segundos.

Como consecuencia del patadón en la cara, Vernon estaba sin sentido; yo no me hallaba mucho mejor, pero sí encima. Precipitadamente, rodando por el suelo, invertí las posiciones de ambos. Quedé así debajo de Dillman, cuyo cuerpo me servía.

Susane continuaba disparando; o no se dio cuenta de que su amigo estaba encima de escudo, o no dudó en sacrificarle con tal de alcanzarme a mí. En uno u otro caso, apretó dos veces más el gatillo y los balazos se hundieron en la espalda de Vernon.

Apenas podía moverme y esperé el final, consolado en parte al pensar que Dillman me acompañaría en el largo viaje que no tardaría en emprender. De pronto un grito de dolor, un alarido agónico que no partía de Vernon o de mí pareció estremecer el «*bungalow*» entero.

Di por descontado que lo habría lanzado Grace y miré hacia el lado opuesto, no queriendo presenciar el triste espectáculo de su caída. Pero a quien vi caer fue a Susane.

Todavía se mantenía en pie, aunque se le doblaban las piernas. Había soltado la pistolita para llevarse ambas manos al pecho, en un intento pueril por contener la sangre que empezaba a mancharle la blusa. En sus ojos había un gesto de asombro sin límites; una estupefacción semejante a la que descubrí en el cadáver del pobre Joe.

Cayó de bruces, luego de dos traspiés, y quedó en el suelo, boca abajo, en una dramática inmovilidad que no dejaba lugar a grandes dudas.

Aparté la mirada para dirigirla hacia Grace. Temí que su estado no fuera más saludable que el de *mistress* Chapman o Vernon. Pero estaba en pie, al parecer ilesa, con un pequeño Derringer en la mano y una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Me había guardado este triunfo en la bocamanga del abrigo —explicó, satisfecha, al advertir que la miraba.

—¡Gracias, encanto! —dije, mientras tras apartar el cadáver de Dillman, pugnaba por incorporarme—. De no ser por ti, esos dos...

—Me habrían matado a mí también —repuso con sinceridad y modestia—. En realidad, lo hice por mí más que por nadie.

—En cualquier caso, me has hecho un gran favor.

—Antes me lo hiciste tú.

Los dos decíamos la verdad. Era ella, en fin de cuentas, quien me había metido de lleno en el embrollo. No sólo al pedir que buscara a los asesinos de Joe, sino al llevarme allí.

Logré ponerme en pie y llegar hasta uno de los sillones —el mismo que Susane había ocupado minutos antes— en el que me dejé caer. La herida del muslo sangraba mucho y traté de taponarla con un pañuelo.

—Dillman. ¡*Mistress* Chapman! —Nos llegó lejana la voz de George, que chillaba para sobreponerse al estruendo del motor—. ¿Vienen de una vez o...?

Volví de golpe a la realidad. Contra lo que suponía, aún no estábamos fuera de peligro. George podía volver en cualquier instante.

—¡Alcánzame el revólver! —pedí a Grace—. Si a ese tipo se le ocurre asomar las narices...

La muchacha recogió el revólver perdido por Vernon, pero no tuvo prisa en entregármelo. Se quedó con él y trató de tranquilizarme.

—No temas. George no hará nada. Cuando vea que he terminado con esos dos...

Recordé las recientes afirmaciones de Dillman y sus acusaciones contra *miss* Allison. No las creí al oírlas; no las creía ahora. Sin embargo...

—¿Por qué decía Vernon que George y tú...?

—¡Bah! No hacía más que mentir.

—Pero aseguraba que a Billy...

—¡Lo mató él! ¡Igual que mató a Joe! Lo mismo que hizo con Max cuando...

Se mordió los labios, comprendiendo que había dicho demasiado. Ya era tarde. La muerte de Billy podía conocerla por la radio; pero la de Scaleri no se había hecho pública aún.

—¿Cómo sabes que mataron a Max?

—¡Me lo dijiste tú! —mintió con aplomo—. ¿O es que ya no te

acuerdas?

Estaba débil por la pérdida de sangre, pero mi memoria era perfecta. No se lo había dicho yo; no se lo había dicho nadie.

—Lo sabes porque le mataste tú —acusé.

—¡Estás loco! —rió, nerviosa—. Sólo un perturbado podría pensarlo.

Jamás estuve más seguro de mi cordura. Mi cerebro funcionaba con tanta precisión que repentinamente lo vi todo claro. Ni Dillman ni Susane podían haber matado a Billy y a Scaleri, porque estaban demasiado ocupados rehuendo al inspector Barnnett que les buscaba. Y ninguno de los dos sabía que me hallaba en mi alojamiento cuando alguien disparó a través de la puerta.

—¿Qué llevas en el maletín?

—Nada de valor. Son cosas mías; ropas y algunas cartas del pobre Joe que...

No siguió juzgándolo inútil. Los dos mirábamos al maletín caído en el suelo y parte de cuyo contenido había rodado por la alfombra. Eran fajos de billetes. Había más de cinco mil dólares; mucho más de lo que podía haber ahorrado una simple azafata de la Pacific Coastal.

—Tú eres Alice Smith —afirmé, seguro de lo que decía—. Joe lo descubrió, y por eso...

Se echó a reír, pero su risa sonaba a falsa. Los dos conocíamos la verdad. Sin embargo, aún trató de jugar conmigo.

—¿Olvidas que fui yo quien te pidió que buscaras a los asesinos, ofreciéndote cinco mil dólares por el trabajo? ¿Crees que de haberle matado yo había solicitado tu intervención?

Un momento me desconcertaron las preguntas; al segundo siguiente había dado con la respuesta exacta.

—Sí —dije—. Sabías que Joe era más que un hermano y que intervendría en cuanto conociera su muerte. Al buscarme tratabas de conocer mi juego, al tiempo que me arrojabas un puñado de arena a los ojos para que no viese la verdad.

Había maniobrado con habilidad y astucia desde el primer instante, haciéndome sospechar de Dillman, Susane, incluso del propio Billy. Sabía que los tres estaban complicados en el tráfico de drogas y pretendía cargarles también con el espionaje descubierto en Frisco.

Quizá esperaba que chocase violentamente con ellos y que les matase o me mataran en el curso de una pelea. Cuando vio que no ocurría así y empezó a temer que descubriese la verdad, quiso eliminarme haciendo responsables a los otros.

—Te serviste de Max, que debía estar loco por ti. Tan loco como el propio Joe, y a los dos les mataste de forma parecida.

—«Besa y mata», ¿no? —preguntó con ligera ironía, recordando una conversación reciente.

Moví la cabeza en gesto afirmativo. Aquélla era su táctica. Deslumbraba a los hombres con sus encantos físicos, les prometía con los ojos o con la boca una felicidad sin límites, llegaba a inmovilizarlos incluso con un beso de supuesto amor y los asesinaba con frialdad inhumana y bestial.

—Triunfaste con varios; estuviste incluso a punto de triunfar conmigo, cuando esta noche me utilizaste para escapar de Los Ángeles, salvando las barreras policíacas. Pero...

—¿Qué? —me desafió.

—Fracasas al final —dije poniéndome en pie con un esfuerzo—. ¡Y al final está la muerte!

—¡Para ti, que eres el fracasado! —gritó, alborozada—. Yo triunfo en este caso también, porque tengo un revólver en la mano.

Apretó el gatillo en el instante mismo que la cogía de la muñeca. Logré desviar el cañón que apuntaba mi pecho, pero el balazo me hirió en la pierna.

La retorcí el brazo con violencia salvaje. Chascaron músculos y tendones, soltó un grito de dolor y el revólver se le escurrió de entre los dedos.

Desasiéndose de un tirón, trató de agacharse a recogerlo. De un empujón la tiré contra la puerta que daba a la parte trasera del edificio. Cuando se incorporó, era yo quien empuñaba el arma.

—Prometí a Joe que haría justicia —dije levantando el revólver—. Ahora...

El terror dilató sus ojos que parecieron salirse de las órbitas, pero no la inmovilizó. Abrió de un tirón la puerta y echó a correr. En el mismo instante escuché la voz de George que chillaba:

—¡Si no venís rápidos, me largo solo...!

—¡Espera, George, espera...! —gritó Grace como respuesta.

Trabajosamente fui hasta la puerta. Había salido la luna que bañaba en una luz fantasmal los campos. Pude ver la avioneta. Rodaba por el centro de la pradera dispuesta a tomar altura. La muchacha corría a su encuentro con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Las mías se me doblaron y caí de rodillas. Pero tenía el revólver y tres balas en el tambor. Hice un disparo y fallé el blanco. Soy buen tirador y era difícil errar la puntería a quince o veinte pasos de distancia.

—¡Llévame contigo, George! Soy Grace que...

Volví a disparar. Fallé de nuevo, acaso porque una instintiva repugnancia me impedía hacer blanco. Pero el balazo silbó cerca de la cabeza de la mujer, sumiéndola en un terror pánico.

—¡Déjame subir...! ¡Deja que yo...!

La avioneta rodaba por el suelo cada vez con mayor rapidez. George debía verme, oír mis disparos y estar asustado. Mucho más asustada estaba

Grace.

Corrió alocada, sin darse cuenta del peligro, poniéndose delante del aparato. Cuando quiso darse cuenta del peligro, ya era tarde para eludirlo.

La hélice la alcanzó de lleno. La vi levantar los brazos en el último instante, en un esfuerzo desesperado por cubrirse con ellos. Todo fue inútil. El aspa de la hélice la hirió en la cabeza, destrozándosela.

Con un esfuerzo doloroso me incorporé. Grace permanecía inmóvil en el suelo mientras la avioneta, tras llegar a un extremo de la pradera, empezaba a elevarse en los aires.

Levantándome y cayendo fui hasta donde estaba el cuerpo de la muchacha. Cuando llegué la avioneta se había perdido entre unas nubes. No pensé en George que huía pero que no tardaría en ser apresado. Todos mis pensamientos estaban puestos en Grace Allison.

En lo que había sido Grace Allison. Ahora no era más que un cuerpo sin vida; al golpearla de lleno, la hélice había destrozado la belleza incitante y diabólica de su rostro.

Pensé en Joe Madero, que pudo ser feliz a su lado; en todas las vidas truncadas por su ambición y maldad; en mí mismo que estuve a punto de dejarme envolver por la tela de araña de sus encantos. Y sobre todo en ella, que todavía cinco minutos antes se creía triunfante.

Sin saber que al final estaba la muerte. ¡Y una muerte espantosa!

FIN

• JEAN •



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.